
MARIA WIESSE
EX LIBRIS

DE LA AUTORA

EL MODISTON.

LA HERMANA MAYOR, (COMEDIAS). *Tip. del Centro Editorial, Lima 1918.*

SANTA ROSA DE LIMA, Casa Editorial F. y E. Rosay, Lima 1922.

CROQUIS DE VIAJE, Casa Editorial F. y E. Rosay, Lima 1924.

MOTIVOS LIRICOS, (AGOTADO). *Imp. Lux, Lima 1924.*

JOSE MARIA CORDOVA

(1799 - 1829)

ENSAYO BIOGRAFICO

POR MARIA WIESSE

PROLOGO DE FABIO LOZANO Y LOZANO

TIP. "LA VOCE D'ITALIA"
LIMA. MCMXXIV

PROLOGO

José María Córdoba, el Héroe Apolíneo, el General de 22 años, sintetiza para los colombianos toda la gloria militar de la Independencia; es la figura épica por antonomasia.

Fué el más bello y el más bravo soldado de la Nueva Granada. Y es mucho decir esto de la Patria de los Ricaurtes, de Girardot, de Rafael Cuervo, de Hermógenes Maza.

La gloria granadina y colombiana es de la inteligencia, de la razón serena, del arte, de la justicia y el derecho, de las más altas y nobles disciplinas. Letrado fué Gonzalo Jiménez de Quesada, poetas hemos sido todos los colombianos, y poeta y letrado será el último hombre que aliente sobre nuestro pedazo de tierra el último día, cuando todo se derrumbe, se derrita o se congele.

Esa es nuestra gloria idiosincrásica, es la que alegamos y la que — Dios sea loado — nadie nos discute.

Cuando rayó el orto de la Independencia, nuestros grandes hombres se llamaron Nariño, Torres, Caldas, Lozano, Acevedo, Herrera, Gutiérrez, Camacho, Valenzuela, Fernández Madrid, Vargas Tejada, Zea, Azuero, Soto, Restrepo, Márquez, Santander: sabios, juristas, filósofos, poetas. Santafé era entonces, como fué luego Bogotá, una Ciudad-Ateneo. La semilla la sembraron en nuestro suelo Fray Cristóbal de Torres, Mutis, Humboldt.

Bolívar nos pidió soldados en 1813 para libertar a Venezuela, y le dimos universitarios. Los héroes de San Mateo, del Bárbula, de Puerto Cabello sabían los dos derechos y traducían a Virgilio. Morillo fusiló en Santafé un centón de letrados. El Conde de Casa de Valencia, grande de España, fué, por poeta revolucionario, mártir de nuestra Independencia. Miguel Montalvo contestó en verso los interrogatorios del Consejo de Guerra que le mandó al patíbulo. García Rovira, guerrillero, General y Presidente del Estado, era doctor en teología, pintaba al óleo y componía piezas de música, y es conocido en la historia por el "Estudiante". Santander, la más alta figura de nuestra Guerra Magna, que alternó con Páez en los llanos, fué héroe en Paya y ganó el mejor lauro de Boyacá, vive en la posteridad como el "Hombre de las Leyes".

Nuestra gloria es civil. Pero tenemos, sin embargo, gloria militar suficiente para hacer la grandeza de una Patria, asombrar la historia y llenar la leyenda. El sitio de Cartagena, la gesta de los llanos, el paso de los Andes, las campañas de Cúcuta, de Pasto, del Cauca y el Magdalena; las batallas de Juanambú, del Palo, de Cachirí, del Tambo, de Paya, de Vargas, de Boyacá, de Tenerife, de San Juanito, de Bomboná se dieron en nuestro suelo; los nombres de Cabal, Ortega, París, Plaza, Morales, D'Ehuyart, Vélez, Padilla, Mosquera, Obando, Herrán, Acosta, Baraya, Mejía, López, Moreno, Neira, Posada, Caicedo, Melo, Vergara, Reyes, Concha, Fortoul, Carrasquilla, Cancino, González, Henao, Vesga, Carrillo, Ucros, Ayala, Vargas, Barriga, Gaitán, Salvador Córdova, brillan con luz indeficiente en los anales militares de América; de los 78 Generales efectivos de la Gran Colombia, la mitad, es decir 39, fueron granadinos; y sangre granadina se derramó por la Independencia desde 1781 hasta 1826, a lo largo del Continente, en lo que hoy son Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia.

Y toda esa gloria militar se resume, como queda dicho, en la figura fulgurante de José María Córdoba.

Córdoba encarna el tipo maravilloso del héroe, en el sentido de Tirteo. Pensaba que no es digno de fama un hombre, aunque posea la grandeza y la fuerza de los Cíclopes, o aunque pueda vencer en rapidez el tracio Bóreas, o aunque sea más hermoso que Titón, más rico que Mideas y Ciniras, más poderoso que Tantólida Pelops, más elocuente que Adrastes, o dotado de cualquiera otra gloria, si no le ha tocado en suerte la virtud guerrera. Pensaba que es una ignominia rehuír el combate y que es cosa miserable un cadáver yacente en el cual se ha clavado una lanza por la espalda; que es, en cambio, modelo de hermosura el que marcha con pié firme, mordiéndose los labios con los dientes, cubriéndose con la redondez de su escudo los muslos, el pecho y los hombros, blandiendo en su diestra la dura lanza y agitando crines terribles sobre la cabeza. No temía a la "Negra Muerte"; la amaba, al contrario, como a la claridad de Helios.

Así, fiero y brillante, bello como los Dioses, recorrió las llanuras colombianas y venezolanas, voló de Pisba al Pichincha, al Condorcunca y al Potosí grandioso.

Nació Córdova en limpia cuna. Su nombre es el mismo de los Marqueses de Miranda de Auta y de los Condes de Guadalcázar. Fernández de Córdoba fueron muchos guerreros ilustres en España. Córdoba fué el Gran Capitán.

Hizo estudios de primeras letras bajo la conducta de sus padres con un modesto pedagogo de Rionegro. Con Caldas aprendió matemáticas y algo de táctica militar en Medellín. Y se lanzó a la guerra.

Teniente a los 15 años, a los 20 es Coronel; General de Brigada a los 22; General de División a los 24; Ministro de Guerra a los 28. Vive una de las vidas más agitadas y fecundas, y muere al cumplir 30 años. ¡Y cómo muere!...

Una fatalidad tan grande como su gloria se desplomó sobre él. Estaba loco. Una locura sublima, la locura de la libertad, lo obsedía y lo empujó al cataclismo. El, que había dado el más hermoso ejemplo de sumisión a las leyes, yendo desde La Paz hasta Santafé, con la espada de Ayacucho bajo el brazo, para presentarse a una Corte que lo reclamaba con motivos fútiles, ahora se alza airado contra las leyes. En nombre de la Libertad increpa con violencia al Libertador. Cuando Bolívar rechaza la Monarquía y declina la Dictadura y convoca un Congreso que asegurará la estabilidad constitucional, Córdoba que es elegido miembro de ese Congreso, se levanta en armas contra Bolívar por tirano y usurpador. Cuando es imposible vencer, jura vencer o morir. Estaba loco y ciego. Pero su ceguedad y su locura no empecen a su grandeza heróica. ¡Héroe de Homero, que triste fué tu sino y cuán grande es tu gloria!

Bolívar, O'Leary, Hand. . . El rayo de Júpiter, la espada del orden, el mandoble asesino ... Bolívar, que fué su ídolo y que fué más que su padre; O'Leary, su amigo y confidente; Hand un descastado mercenario. . . Sobra Hand en esta tragedia sombría, como sobra Judas en la tragedia de Cristo. Son figuras, cada una en su especie, que surgen a la escena para encarnar el mal y la fealdad y atraer la execración de las gentes, pero que no cambian en nada la lógica terrible de los acontecimientos en que actúan. Cristo hubiera sido prendido en el Monte Olivet sin necesidad de la traición de Judas (era el personaje más conocido en toda Judea) porque tenía que coronar en la Cruz su obra divina de redención. Y Córdoba hubiera muerto en el Santuario sin necesidad del sablazo aleve de Hand (estaba ya herido y desangrado mortalmente) porque tenía que perfilar en el martirio su estatua de héroe.

Bolívar no pensó siquiera — ¡qué iba a pensarlo! — que la misión que dió a O'Leary en defensa de la legitimidad, culminara con la muerte de Córdoba; y muerto Córdoba, lo lloró

como a un hijo. O' Leary no dió la orden de matar a Córdoba; O'Leary no era un asesino, era un perfecto caballero y era un prócer ilustre. Pero Córdoba había jurado vencer o morir, y era imposible vencer. Córdoba tenía que morir, y murió. Y murió como un héroe. Como Córdoba. Ninguna otra muerte convenía a este Dios de la guerra.

La figura maravillosa de José María Córdoba, el Héroe Apolíneo, es el tema desarrollado con firme pluma de historiador por María Wiesse de Sabogal, en las páginas que siguen. Es un bello libro, que debe leerse, y nunca con más oportunidad que en estos días centenarios de la campaña y batalla de Ayacucho. Huelga repetir que Córdoba, después de hacer todas las campañas libertadoras de Nueva Granada y Venezuela, vino al Ecuador y decidió con su arrojo la batalla de Pichincha; vino luego al Perú y decidió la batalla epónima de Ayacucho con su carga inmortal: "¡Armas a discreción, paso de Vencedores"!

Consciente de su esfuerzo, escribía de Huamanga el 18 de diciembre de 1824 con sencillez laconia: "Hemos libertado al Perú, hemos hecho lo que había que hacer de más grande en el Universo". . . . .

Los peruanos están en falla grave con Córdoba. No hay en el Perú un monumento que recuerde su gloria, ni hay en Lima, en ninguno de los museos o edificios públicos, siquiera un retrato suyo.

Por encargo del Excelentísimo señor Presidente Leguía, el Maestro José Sabogal está pintando un gran cuadro de Córdoba para el Museo Bolivariano de La Magdalena. Y "dentro de poco — son palabras del insigne estadista a quien el Perú acaba de renovar los mandatos supremos — se planteará el homenaje

definitivo que el país quiere rendir al héroe de Pichincha y Ayacucho".

Adelantándose a este homenaje, o acaso iniciándolo, aparece el libro de Myriam. Gentilísimo augurio!...

"Córdoba se moría por las mujeres", escribe Myriam en uno de sus capítulos. Cierto. Córdoba como Bolívar, admiraba y amaba a las mujeres, a las mujeres bellas. Quizá por esto tuvieron tanto empeño en venir al Perú.

Y es una mujer, una peruana, una limeña auténtica, la que recoge ahora en precioso búcaro las flores dispersas de la vida de Córdoba.

María Wiesse de Sabogal es hija de un historiador eminente, maestro consagrado de la juventud; y esposa de un grande artista, espíritu bizarro y altísimo. Y es ella historiadora y artista. Ama y cultiva la música, y ha escrito sobre la música un libro encantador y sugerente: "Motivos Líricos". Ha escrito sobre Santa Rosa de Lima un libro que es, con los poemas de Chocano y Cisneros y el cuadro de Lazo, el mayor tributo que se ha pagado en el Perú a la Dulcísima Vírgen que nació acá y es patrona de toda América. En este ensayo comienza la vocación histórica de Myriam, pero él es, ante todo, un devocionario fragante, algunas de cuyas páginas se arrancarán, como algunas de "Motivos líricos" para las antologías. Otro libro, "Croquis de Viaje", muestra a Myriam por aspecto distinto y en él triunfa igualmente: son cuadros del mar, de las Antillas y de México, llenos de colorido, de sabor y de belleza, esmaltados con observaciones sútiles y juicios acertados. Ha escrito también teatro, que no conozco, y ha publicado infinidad de artículos en los periódicos. Es un valor probado, aceptado y calurosamente aplaudido de la literatura peruana contemporánea.

Hago estas indicaciones, — que no presumen, desde luego, de presentación, — para los lectores no peruanos, especialmen-

te para los colombianos, en los cuales, estoy seguro, despertarán interés y simpatía la personalidad literaria de Myriam y el esfuerzo de todo orden que implica la publicación del presente libro.

Destaco, para concluír y beso con profundo respeto, con emoción y gratitud la mano que ha escrito, el siguiente párrafo, trazado con arte, con amor y con aguda penetración del alma colombiana: "En Colombia, tierra privilegiada donde la poesía fluye con la espontaneidad de sus ríos soberbios, surge una generación de jóvenes heróicos, que ávidos de ideal, encendidos en el "fuego sagrado", lucharán con denuedo no solo por su rincón familiar, por el suelo donde nacieron, por la región que viera los juegos de su infancia y los días aromados de su adolescencia, sino por todo el Continente, cuya independencia es el ensueño de sus vidas mozas".

Fabio LOZANO y LOZANO.

Lima, julio de 1924.

PORTICO.

A la manera de un héroe griego se destaca en la épopeya de la independencia americana, aquel glorioso y desventurado guerrero colombiano, que se llamó José María Córdova y cuyas hazañas, aventuras e infortunios, asunto son no solo para la historia, sino también de leyenda de poema o de novela.

Es el prócer neo-granadino — cuyo nombre está tan ligado a la historia de la independencia peruana — un hermoso ejemplar de humanidad. Sus errores y extravíos no le restan ni simpatía ni admiración; son los errores y los extravíos de un alma bien templada, viril, impetuosa y ardiente.

La pasión arrastra, en veces, a este varón gallardo a la injusticia y a la crueldad; pero no mancharán nunca su gloria juvenil y luminosa la envidia ruin, las viles intrigas de la política, el afán despreciable del lucro, la adulación repugnante. Morirá altivo, limpio, grande, fiel a su ideal y a sus convicciones. No como otros que traicionarán la causa que antaño defendieran y el credo que los impulsara a heróicas acciones.

Tiene Córdova de los guerreros de la antigüedad — del Aquiles fiero y espléndido que cantara Homero — el valor sereno y temerario que le hace amar el peligro y enfrentarse tranquilamente a la muerte, el entusiasmo bélico, la impetuosidad fogosa, la sed de gloria, el orgullo indomable, la energía tenaz, el don de mando y el culto de la amistad.

Y ambos guerreros — el griego y el colombiano — son jóvenes, bellos, atrayentes; la semejanza se acentúa entre ellos, al morir bruscamente, en la plenitud de su virilidad, de su gallardía y de sus triunfos.

Es la juventud tan hermosa que todo lo que se le acerca se reviste de gracia resplandeciente y singular, de fuerte y penetrante encanto.

Los veinticinco años de Córdova hacen más interesante, más simpática, más atrayente aún su vigorosa figura de caudillo generoso y apasionado. Su heroísmo nimbado de juventud cautiva a los hombres de este siglo agitado por un intenso anhelo de progreso y de bienestar, no solo material sino también espiritual.

En las guerras contemporáneas Córdova habría combatido desde el azul infinito del cielo. Como otro Guynemer habría buscado para escenario de sus proezas el misterio de los espacios siderales.

Inquieto y romántico el héroe antioqueño, se enamora de la libertad, y cual un paladín de la idea republicana, recorre las montañas, las selvas y los llanos de

su patria, llega hasta el que fué gran imperio del Tahuantinsuyo y bajo el puro cielo de nuestras sierras pronuncia palabras asombrosas.

Palabras que como un toque de clarín suben hasta los montañas augustas, encienden los corazones al igual que un himno de victoria, y son recogidas por la historia con admiración entusiasta.

I.

LA SEMILLA.

La biblioteca de Antonio Nariño — extensa habitación decorada con gusto severo — era en el año de 1794 el punto de reunión de la juventud intelectual de Santa Fé.

Frente al retrato de Benjamín Franklin ricamente enmarcado en carey y ébano, Nariño y sus visitantes discutían animadamente toda suerte de tópicos científicos, filosóficos, sociales y literarios.

Agitados por una intensa inquietud espiritual los jóvenes santafereños se cobijaban cerca de Nariño, espíritu potente, mentalidad clarísima, corazón amplio y noble; en el plácido ambiente de la "ciudad de los libros" (la biblioteca del precursor contaba cerca de 6000 volúmenes) las horas transcurrían fecundas, graves y luminosas.

Acudía a la señorial mansión de la plazuela de San Francisco lo más selecto de Santa Fé; don Jorge Tadeo

Lozano, Caldas, Torres, Zea, Joaquín Camacho, Pedro Fermín de Vargas.

Ya bullía en el Nuevo Mundo un gran deseo de libertad. En el Perú, Túpac Amaru, el descendiente de los Incas, se había sublevado en 1780 contra los españoles opresores de su raza, amos despóticos y tiránicos.

El fracasado movimiento de Tupac Amaru es el clamor desesperado de una raza que se enfrenta a otra que la humilla, la veja y la maltrata. Desprovisto de toda literatura y de influencias filosóficas, es la aspiración más grandiosa de América hacia su autonomía, dentro de su incultura vigorosa y bárbara.

Después los movimientos de emancipación estarán ligeramente revestidos de influencias literarias y filosóficas y no tendrán la fuerza racial del de Tupac Amaru.

Varios periódicos y revistas se fundan en América hacia fines del siglo XVIII.

En Lima, el "Mercurio Peruano" bajo la dirección del sabio Unanue.

En Buenos Aires, la "Gaceta de Buenos Aires" fundada por Mariano Moreno.

En Quito, el "Nuevo Luciano" o el "Despertador de los Ingenios", cuyo redactor, José Espejo, es amigo de Nariño y de Zea.

Y en Santa Fé el "Papel Periódico", que se publicó desde 1791.

Todas estas publicaciones van minando sordamente el prestigio de los españoles, y cada criollo que vuelve a su país, después de unos años de Europa, trae ansias secretas de libertad.

La independencia de las colonias inglesas de la América del Norte, la Revolución Francesa que echa los cimientos de una nueva sociedad repercuten hondamente en las colonias españolas, más de lo que sospechan los colonizadores, cuya petulencia, insolente engreimiento y torpe vanidad para con los naturales del país será en gran parte causa del movimiento de emancipación.

Nariño—este espíritu robusto y brillante, a la vez naturalista, teólogo y botánico, ideólogo y hombre de acción, voluntad potente que nada doblegará, patriota esclarecido—avienta en la tierra americana el grano libertador, que florecerá hermosamente, como dice un distinguido escritor colombiano.

Un oficial de la guardia del Virrey de Nueva Granada — entonces D. José de Espeleta y Veire de Galdeano — poseía un ejemplar de la "Historia de la Asamblea constituyente de Francia". Rodríguez de Arellano, que era amigo de Nariño, pensó que el joven y ya ilustre sabio tendría vivo interés en leer aquella obra en

la que vibraban todas las voces de los grandes tribunos y legisladores de la Revolución Francesa.

Todo fué recibir de manos de Rodríguez de Arellano los volúmenes y ponerse a la obra Nariño.

En su casa había instalado una pequeña imprenta. Febrilmente, lleno de entusiasmo Nariño arma las páginas, corta el papel — un grueso papel de color pardo — y con la mirada puesta en el porvenir imprime la parte relativa a la "Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano".

¡Qué importan el destierro, la prisión, la fortuna confiscada, todas las penalidades que se le esperan!

Hay que dar a los pueblos jóvenes la luz nueva, la palabra redentora, el pan espiritual que los hará libres y fuertes.

El folleto impreso por Antonio Nariño recorre toda la América. Despierta místicos entusiasmos, vehementes afanes de libertad, un exaltado anhelo hacia una América independiente; la buena semilla ha dado sus frutos y en el horizonte americano clarea una radiante y limpia aurora.

En Colombia, tierra privilegiada donde la poesía fluye con la espontaneidad de sus ríos soberbios, surge una generación de jóvenes heróicos que ávidos de ideal, encendidos en el "fuego sagrado", lucharán con denuedo no solo por su rincón familiar, por el suelo donde nacieron, por la región que viera los juegos

de su infancia y los días aromados de su adolescencia, sino por todo el Continente, cuya independencia es el ensueño de sus vidas mozas.

Entre éstos jóvenes heróicos y, dominándolos a todos, está Córdova. El fuego sagrado también lo consume. Deja el apacible encanto de su hogar, deja sus montañas — horizonte familiar y querido — y en las soledades andinas, cuyo silencio solemne turbará el paso de los guerreros, ofrecerá su juventud florida a la santa causa americana.

II.

EL HOGAR Y LA FORMACION.

En los pueblos y ciudades de la provincia de Antioquia (Colombia), así como en muchas poblaciones peruanas se suele celebrar suntuosamente la festividad del Nacimiento de Nuestra Señora.

En las plazuelas fuegos artificiales, vistosos castillos que se desmoronan ruidosamente, cohetes bullangueros; en las iglesias el órgano que vierte sobre los fieles torrentes de melodía, los sacerdotes con sus ricas y arcaicas vestiduras, muchas flores, incienso, sermones ampulosos y grandilocuentes. Tradiciones estas que se conservan desde el coloniaje. Tanto a la Nueva Granada como a la Nueva Castilla trajeron los españoles sus crencias, sus costumbres y sus hábitos.

La iglesia de Concepción — pintoresco pueblecito antioqueño, que se esconde entre sonrientes campiñas, bajo un cielo muy azul y muy tranquilo — se encontraba el 8 de Setiembre del año 1799 llena de

devotos, que seguían atentamente el oficio litúrgico consagrado, en esa fecha, a la Virgen Santísima. Pero no concurrían al templo aquel día, ni el señor don Crisanto Córdova, ni su mujer la señora Pascuala Muñoz, vecinos distinguidos de la localidad.

Un acontecimiento notabilísimo había ocurrido a los esposos Córdova Muñoz ese día; el nacimiento de un hijo, que recibirá en el bautismo el nombre de *José María.*

A los pocos días de nacido — el 13 de Setiembre — fué llevado a la pila baustismal el niño. Lo bautiza el párroco del lugar, el sacerdote Francisco José González y es su padrino el presbítero José Cosme Echeverri.

La ceremonia se hace con toda solemnidad — según lo dispone la Iglesia Católica — y la casa de don Crisanto, una amplia y comoda mansión solariega, es muy visitada; hay que felicitar a los padres por el primer hijo varón. A José María seguirá Salvador, nacido en 1801, también en Concepción y cuyos padrinos serán el Dr. Villegas y Doña María Antonia de Yepes. Este Salvador peleará valientemente en Ayacucho, en la división mandada por José María, y en otras acciones de armas de la independencia; como su hermano morirá trágicamente en una guerra civil.

Los otros hermanos del héroe son Venancia, que casó con don Joaquín Quijano, Vicente que casó con

doña Pastora Obregón, Mercedes que casó con don Manuel Antonio Jaramillo y Mariana soltera.

La familia Córdova era una de las más antiguas de Antioquia. De origen español; los Fernández de Córdova — cuyo apellido se convertirá después sencillamente en *Córdova*, sin el *de* — se establecieron en el departamento, contándose entre los primeros pobladores de aquella región enclavada en el corazón de las montañas colombianas. Región que presenta paisajes a la vez grandiosos y risueños, atormentados y serenos, cuyas entrañas guardan preciosos metales y piedras hermosas como las pupilas de una mujer; región que será tierra de próceres, de intelectuales, de aventureros audaces, talentosos y enérgicos, que dejarán sus sierras por conquistar las ciudades, cuyos moradores no podrán resistir al impetuoso avance de los atrevidos montañeses.

Antioqueño ardiente con ansia de gloria, amor a la aventura, dominador de hombres es José María Córdova. No en vano había nacido en las alturas como las águilas, como los cóndores.

Los esposos Córdova-Muñoz formaban uno de aquellos hogares, que más tarde, cuando se han recibido las duras lecciones de la vida, los hijos recuerdan como un refugio amable, un santuario caldeado por los afectos más puros y adornado con las más nobles virtudes.

Sanos, sencillos, laboriosos y austeros don Crisanto y doña Pascuala viven ante todo para sus hijos. Por eso, no existiendo, en Concepción una escuela conveniente, se trasladaron a Rionegro, ciudad de más importancia donde se encontraba el señor Manuel Bravo, distinguido pedadogo antioqueño. La educación de sus hijos, así lo requería. Los preocupaba particularmente el niño José María, que ya simulaba combates y batallas con sus amiguitos y cuya inteligencia mostrábase viva, pronta, chispeante.

Fué don Manuel Bravo el primer maestro del futuro vencedor de Ayacucho.

Tres años estuvo Córdova en la escuela de Bravo. Hace notar uno de sus biógrafos "que sus estudios se hacían bajo la inmediata inspección de sus padres".

Concluídos sus estudios preliminares, el niño José María ingresa a la escuela de Ingeniería, dirigida por D. Francisco José de Caldas.

¿Quién era Caldas? Un sabio ilustre y un patriota esclarecido. Director del Observatorio astronómico de Santa Fé, pasa sus noches interrogando al firmamento meditativo y a las constelaciones magníficas. Botánico y naturalista eminente consagra muchas de sus horas al estudio de la frágil y maravillosa organización de las flores y de las plantas. En 1808 dirige "El Semanario de Nueva Granada" que — como dice

Restrepo en su *Historia de la Revolución de la República de Colombia* — "se ocupaba en ilustrar la geografía, la estadística y los productos del suelo granadino, contiene discursos brillantes, datos preciosos y producciones literarias que honran a sus autores, especialmente a Caldas; duró tres años y aún existía bajo de nueva forma después de haber principiado la revolución".

Caldas fué uno de aquellos espíritus eminentes, que se enfervorizaron con las ideas de libertad; toma parte activa en la revolución, que no da resultados inmediatos, pues la guerra civil y las disenciones internas vienen a detener la marcha de los acontecimientos.

Son los días aciagos de la "Patria Boba". Colombia está desorganizada, dividida, agitada por la disparidad de opiniones de sus mismos hijos. Hay un partido que quiere imponer el Centralismo, otro que lucha por el sistema federal, y en este choque de partidos se malgastan energías que pudieran utilizarse valiosamente contra el enemigo de todos.

Caldas se vé obligado a alejarse de la capital. En Antioquia funda una escuela de Ingeniería, a la que acuden muchos jóvenes distinguidos de la provincia.

En el alma del niño, maleable como la cera, quedan profundamente marcadas las primeras enseñanzas y las primeras lecciones.

En la formación moral y espiritual de José María Córdova — que en la época de su ingreso a la escuela de Ingeniería era apenas un adolescente — influyó notablemente Caldas.

El gran patriota transmite al jóven José María conocimientos científicos sólidos y variados y le enseña a amar a la patria con inteligencia y generosidad; si de sus labios fluyen sabias lecciones, de su corazón brotan ejemplos de virtud, de austeridad y desinterés admirables.

También influye en Córdova el dictador Corral, que regía la provincia con enérgica prudencia y talento extraordinario. Corral había logrado hacer de Antioquia una de las primeras provincias de la Confederación granadina. En Medellín puso el dictador los fundamentos de una casa de monedas, y en Rionegro los de una fábrica de fusiles y artillería.

Pero el más grande de los actos del gobierno de Corral, fué el presentar a la legislatura de Antioquia un proyecto aboliendo la esclavitud en los hijos de los esclavos. Puesta en práctica aquella ley — honra de su autor — subsistió hasta fines de marzo de 1816, año en que los españoles se enseñorearon de nuevo de la tierra natal de Córdova.

Transcurre así la adolescencia del prócer guiada por un admirable educador y por sus amorosos padres; cerca de un estadista insigne, en un ambiente

vibrante de marcialidad que lo predispone a la libre vida del campamento, a las empresas bélicas, a las aventuras semejantes a epopeyas.

Para los padres de Córdova — tan cariñosos y solícitos — que golpe tan tremendo, el que su hijo, José María escoga la carrera militar.

Al señor don Pedro Sáenz escribía don Crisanto Córdova, el 30 de Agosto de 1817:

.... *El* (José María) *entró en esa desgraciada carrera contra toda mi voluntad.*

III.

EL PRIMER COMBATE DE CORDOVA.

Acababa José María Córdova de cumplir quince años, la edad romántica en que se llora mirando a la luna y leyendo versos de amor. Pero el ideal de los adolescentes de aquella época estremecida por un gran anhelo de libertad, no es el supirar por una amada imposible y volcar el alma en poemas ingenuos escritos a escondidas; ante todo, los mozos de aquel siglo quieren correr a los campos de batalla a luchar por la idea republicana.

Córdova — adolescente bello con belleza a la vez delicada y viril — no podía conformarse con vivir en su tranquila ciudad provinciana, una regalada vida de hijo de familia y de muchacho buen mozo, a quien nada negarían las mujeres.

Para su inquietud, su ambición, su ansia de gloria es marco estrecho su hogar donde lo rodean halagos y cuidados, su provincia, hasta sus montañas, que le ocultan horizontes ignorados y panoramas más amplios.

Lo atrae poderosamente aquella "servidumbre y grandeza militares", que inspirara tan patéticas páginas al poeta Alfred de Vigny; sin hacer caso del enojo de su padre, sin escuchar las súplicas de su madre, partirá hacia el peligro hacia las privaciones de todo órden, quizás hacia la muerte, solicitado por irresistible vocación.

La situación de los patriotas se presentaba bastante difícil. Había necesidad de soldados que lucharan contra los realistas hasta vencerlos, hasta conseguir la independencia de la patria colombiana, cuya causa defenderá Córdova con todo el ímpetu de su alma ardiente, noble, orgullosa y sensible.

A Antioquia llega en 1814 el coronel Manuel Roegas de Serviez a buscar hombres para la expedición, que debía marchar al Cauca.

Era Serviez uno de aquellos europeos valientes y caballerosos, que venían a América a combatir por la libertad del joven y espléndido Continente.

Serviez — jóven francés de relevantes méritos — estaba a órdenes del gobierno de Colombia; en la lucha contra los realistas interviene con valor, generosidad y cariño como si la Nueva Granada fuera patria suya.

Córdova se enrola inmediatamente en el batallón, que en Antioquia organiza Serviez, con el objeto de auxiliar a los restos del ejército independiente manda-

do por Cabal. Comienza para el hijo queridísimo de los señores Córdova-Muñoz una vida ruda, severa, regida por inflexible disciplina, sembrada de dificultades, acechada por la muerte, pero cuan interesante, cuan emocionante! Alegre, animoso, entusiasta parte el muchacho; al poco tiempo de dejar a los suyos se realizará su primer combate, que también será su primer triunfo.

Fué la acción del Palo, que tuvo lugar el 5 de Julio de 1815.

A orillas del Palo — caudaloso río que se une con el Cauca, al principio el valle de ese nombre — habían acampado los independientes, cuyos jefes eran el general Cabal y el coronel Serviez.

Cuatro días antes habían sido derrotados los patriotas por las tropas realistas superiores en número, siendo perseguidos por un espacio de cinco leguas hasta las faldas del cerro Cascabel.

Pero esta vez la victoria será de los independientes, que combatirán con arrojo e intrepidez, consiguiendo derrotar completamente a los españoles.

El río, cuyas aguas se precipitan bulliciosamente bajo los árboles frondosos, es vadeado a la cinco de la mañana de aquel día por la mayor parte de las tropas realistas. Creen los españoles que los patriotas no se darán cuenta de sus movimientos y que al ser atacados abandonarán sus posiciones. "Los soldados

republicanos, dice Restrepo en su obra ya citada, se mantuvieron inmóviles, según lo dispusieron sus jefes, para dar un ataque general y aún en las filas cayeron muertos algunos".

Después de dos horas de combate — seguimos siempre la narración de Restrepo — los republicanos por un movimiento simultáneo atácan a la bayoneta, desordenan al enemigo; la caballería con sus lanzas derrota a los realistas.

Los españoles que se ven obligados a atravesar el caudaloso río perecen ahogados, otros caen prisioneros en aquel punto o en la persecución, que se continúa por más de cuatro leguas.

El batallón de Antioquia mandado por el capitán Liborio Mejía, y el de Popayán a órdenes de Murgéitio se distinguieron particularmente en el combate. Y, en el batallón de Antioquia, José María Córdova ha hecho prodigios de valor. Su sombrero ha sido atravesado por una bala; en el mismo campo de batalla, es ascendido a teniente en recompensa a su heróico comportamiento. Ya se advierten en el muchacho antioqueño los perfiles del gran caudillo, que será en no lejano día.

IV

DIAS SOMBRIOS PARA COLOMBIA

Se ennegrece terriblemente el horizonte de la causa republicana en Nueva Granada, después de la batalla del Palo. De aquella victoria tan brillante no sacan los independientes más provecho, que la ocupación de la ciudad de Popayán, donde sin poder moverse, la división de Serviez padece toda suerte de escaseses.

La plaza de Cartagena es sitiada por los españoles; el bloqueo por mar y por tierra de la heróica y desgraciada ciudad principia el 22 de Agosto de 1815; el sitio dura ciento ocho días, que son otros tantos de horrores y de padecimientos sin nombre para sus habitantes.

En la historia de América el sitio de Cartagena significa la tragedia más espantosa, la resistencia más tenaz, más altiva y esforzada.

¡Qué dolorosa belleza hay en el drama que se desarrolla en la indómita villa; que grandeza la de

aquellos hombres, que prefieren morir de hambre o fulminados por la peste, en las calles de su ciudad, en vez de rendirse a los españoles!

El 4 de Diciembre murieron de hambre trescientas personas en Cartagena; cuando el cruel Morillo entra en la plaza el silencio de los cementerios moraba en las casas, en los templos, en las calles, sobre el mismo mar, que sepultó inhumano a los buques donde habían huído los últimos cartageneros.

A la caída de Cartagena sigue la derrota de los ejércitos republicanos en Cachirí (Febrero 1816), en Cuchilla del Tambo (Junio 27, del mismo año) y en Puente de la Plata (10 de Julio).

A Serviez, nombrado jefe de las fuerzas patriotas por el presidente Fernández Madrid, le quitan los realistas la imágen sagrada de Nuestra Señora de Chiquinquirá, bajo cuya advocación quería el caudillo hacer la campaña.

Morillo inicia su política terrorista; son fusilados Montúfar, Villavicencio, Lozano, Torices, Baraya, Leiva, Carbonell, Lastra, García Rovira, Ayala, Hoyos, Camacho, Rivas, Mejía, Arrubla, Alvarez, Cabal, Dávila, Ulloa, Morales, Gutierrez, Valenzuela, Pombo, García Hevia, Benitez, el conde de Casa-Valencia; Camilo Torres el padre y maestro de la revolución; Policarpa Salavarrieta, la heróica y humilde "Pola", que morirá tan hermosamente como Madame Roland y D.

Francisco José de Caldas, el maestro de Córdova, el patriota y sabio eminente.

La reconquista de Nueva Granada por los españoles se caracteriza por actos de crueldad, ejecuciones militares y medidas de severidad, que privan al país de sus más esclarecidos hijos. Y, haciendo gala de fanatismo y de ignorancia, Morillo restablece de nuevo en Colombia, el tribunal de la Inquisición; manda quemar públicamente libros en francés, inglés e italiano como en plena edad media.

Córdova, en el ejército de Serviez, hace su aprendizaje militar durante aquellos tremendos días de la campaña de los llanos. Las privaciones y las penalidades robustecen de tal suerte su voluntad, infunden en su espíritu tal fortaleza, que a los veintiún años estará en condiciones de acometer las más atrevidas empresas.

El asesinato de Serviez, en los llanos, causó muy vivo pesar a Córdova. La dura vida del campamento, los peligros pasados juntos, las miserias que a ambos castigaron, allá en la inmensa pampa, habían creado profunda intimidad entre el valiente militar francés y el intrépido joven neo-granadino.

Después de la trágica muerte de su jefe y amigo, José María Córdova siguió luchando bajo las ordenes de Páez, el indómito y fiero caudillo de los *llaneros*.

Comentando aquella etapa de la vida de Córdova, dice uno de sus más autorizados biógrafos, "que estuvo en varias de las épicas hazañas que ilustraron el llano, en esos maravillosos días". (Posada, biografía de Córdova).

Pero todo el anhelo del guerrero antioqueño era combatir junto con aquel hombre extraordinario, que un día será llamado "el Libertador"; el prestigio de Bolivar fascina, atrae, sugestiona a tal punto a Córdova, que un día, sin tener pasaporte, deja a Páez y a sus temibles ginetes para irse hacia la expedición formada por el Libertador. Una partida a caballo lo alcanzó; juzgado por un consejo de guerra como desertor es condenado a muerte, solamente la intervención del gobernador de Casanare puede salvarle la vida.

Más, estaba escrito que Córdova debía acompañar a Bolívar durante la campaña, que libertaría definitivamente la Nueva Granada.

Epopeya rudísima y esplendorosa fué aquella campaña que terminó con el triunfo de Boyacá; puede compararse con cualesquiera de las grandes gestas que honran a la humanidad.

Bolívar conduce a sus huestes por regiones que inundan las lluvias, y en las que ciénegas enormes se oponen al paso de los hombres, pero todo lo vence el arrojo de los soldados de la libertad que avanzan a tra-

vés de las aguas y del fango, cuidando más del fusil que de sus propias personas.

El llano inmenso, ilimitado, infinito semeja un mar sin naves sobre el que cayera toda la pesadez y el tedio de los trópicos.

Bolívar tiene que vencer, tiene que arrebatar al español aquella hermosa tierra colombiana, en cuyo seno duermen ya tantos héroes.

Su plan es sencillo y genial y de una temeridad sublime; pasar los Andes, caer sobre los realistas, derrotarlos y entrar a Santa Fé de Bogotá. Y en un mes el hombre extraordinario realiza su plan; su ejército medio desnudo, hambriento, diezmado por la enfermedad deja el llano ardoroso para escalar la helada cordillera.

En el páramo de Pisba el frío mata a más de cien hombres, otros desertan y vuelven al llano, muchos no pueden seguir, abatidos por los padecimientos y las penalidades. Los cuerpos de caballería pierden sus caballos, sus monturas y hasta sus armas.

Más Bolívar y su puñado de valientes siguen su marcha y el 6 de Julio llegan al pueblo de Socha, donde el jefe realista Barreiro tenía su cuartel general.

Y el 25 de Julio — Bolívar ha podido adquirir algunos caballos en Socha y ha reunido sus parques — vencen los patriotas a los españoles, cerca del pantano

de *Vargas*. Su caballería — tan reducida — y su infantería que ha atacado a la bayoneta han conquistado la victoria.

Córdova es, durante la epopeya maravillosa, héroe entre otros héroes. Su intrepidez es ya la intrepidez espléndida y luminosa, que causará la admiración de Sucre en los campos de Pichincha y de Ayacucho.

El Libertador lo asciende a teniente coronel y, cuando cerca del riachuelo Boyacá, se encuentran los realistas y los independientes, el día 7 de Agosto de 1819, el joven antioqueño ostenta un nuevo galón.

En la batalla que dió libertad y patria a los neogranadinos, Córdova lucha con todo el denuedo de su hermosa juventud y toda la virilidad de su alma de guerrero y de prócer.

Con Bolívar entra en Bogotá, tres días después de la victoria; Sámano ha fugado y con él todos los funcionarios españoles y partidarios del rey. Es la apoteósis, el triunfo y la glorificación de los próceres y capitanes, que han libertado a Colombia; surge, de nuevo, a la vida republicana la Nueva Granada.

El Libertador nombra a Santander vice presidente de las provincias libres de Nueva Granada y a poco regresa a Venezuela.

Pero antes de marcharse Bolívar, que con su gran

conocimiento de los hombres, se había dado cuenta inmediata del valer de Córdova, lo envía a Antioquia revestido de altísimo cargo.

Hacía cinco años que José María Córdova no veía a los suyos; lleno de alegría, de orgullo, de contento vuelve el guerrero a su tierra, a sus montañas queridas, a su hogar venerado, donde lo esperan regocijados unos buenos viejecitos.

V

LIBERACION DE ANTIOQUIA

La juventud de Córdova y el traer solo una pequeña fuerza de 160 hombres para defender la provincia, no fueron del agrado de muchos patriotas antioqueños, anota Restrepo en su "Diario Político". (Agosto 28 de 1819).

Pues esos veintiún años alborozados que provocaban el descontento de los prudentes y gruñones republicanos, y esa mocedad que desagradaba a algunos hoscos independientes son los que seducirán a las generaciones y dejarán una huella de luz en la historia de América.

Con la energía, la tenacidad y el tesón de un hombre maduro emprende el imberbe jefe militar la campaña de Antioquia; su labor es a la vez de combate, de pacificación y de propaganda, no se reduce tan solo a ahuyentar y a derrotar a los realistas, también es algo así como un apostolado en favor de la causa de la independencia.

Porque aunque "el pueblo de Nueva Granada se había mostrado digno de ser libre" — como dijo Bolívar dirigiéndose al Congreso de Angostura — en no pocas familias se imponía la fuerza de las tradiciones y costumbres españolas y quedaba cierto apego a la Península. Había que tronchar todo lazo con España; había que encender el fuego sacro del nacionalismo y dar a aquel pueblo nacido para la libertad el sentimiento vivaz del colombianismo.

Y era también necesario ayudar a la naciente república con refuerzos monetarios; Córdova con sus entusiasmos moceriles y su patriotismo impetuoso emprende en su provincia aquella labor de apostolado nacionalista.

A pesar de la resistencia del doctor José Manuel Restrepo — historiador de nota — el prócer lo nombra gobernador civil de la provincia. Necesitaba colaboradores como el eminente autor de la "Historia de la Revolución de Colombia"; también escoge para director de la imprenta a don Félix de Restrepo, que algunos años después presidirá el tribunal, ante el que se presentará el héroe.

Siempre ha sido y será tarea bastante difícil el obtener de las poblaciones e individuos dinero para el Estado. Pero Córdova — cuyo desinterés y honradez son tan grandes, que en alguna ocasión Bolívar lo llamó "el único militar honrado de Colombia" —

procede con todo rigor y llega a mandar 250.000 pesos a Bogotá, producto de cupos y contribuciones. La familia del prócer fué, en Antioquia, la primera en socorrer monetariamente a la república.

Con los españoles que se niegan a auxiliar al Estado, se muestra el joven caudillo de una severidad, que puede parecer inhumana, si se le considera bajo otro punto de vista que el militar. Manda fusilar a don Antonio del Valle, que había sido "realista perjudicial" y a diez españoles expedicionarios que se encontraban presos. Pero así como es de severo con los enemigos de Colombia, Córdova demuestra hacia los verdaderos patriotas la más afectuosa solicitud. En comunicación dirigida al general Santander y fechada el 16 de Octubre de 1819, intercede por la viuda Simona Duque, que al igual de una madre de la antigüedad, presenta ella misma a sus cinco hijos al servicio militar.

El heróico patriotismo de esta noble mujer causó profunda admiración al caudillo antioqueño, en quien se reproducen también rasgos de guerreros antiguos, como ya lo habíamos anotado.

Muy pintorescamente relata José María Córdova, al general Santander (carta del 26 de Enero de 1820) un accidente que le ocurrió en la plaza de Rionegro, accidente que casi lo imposibilita para marchar contra el enemigo.

Es tan animado y sabroso el relato del prócer, que lo transcribimos casi íntegro.

" .... Le contaré a Ud. de mi enfermedad: el día 28 de Diciembre, habiendo toros, caí en la plaza violentamente y quedé como un muerto: todo el mundo se consternó mucho, y yo creo que algún realista dió parte al enemigo, que se hallaba en Zaragoza: estuve dos días como un muerto; al cabo de estos volví, pero loco, diciendo mil disparates; me dicen que cantaba mucho canciones de Araure y francesas, que mandaba tropas, que hablaba de muchachas; que un día vino el vicario a preguntarme si quería confesarme y que le contesté que sí, que mañana, pero que esa tarde me trajera una muchacha bonita. ¿Qué le parece a usted?. A los quince días volví, en mi juicio y ya había sanado perfectamente de cuatro sangrías, diez mil ventosas y multitud de caústicos que me habían puesto; al día siguiente supe que los enemigos de Zaragoza habían avanzado hacia Remedios; que el batallón veterano con seiscientos hombres de milicias y voluntarios había marchado a batirse entre Yolombo y Remedios; en el momento traté de marchar, aunque muy débil a los dos días para ponerme a la cabeza de las tropas y entenderme con esos caballeros al estilo de Boyacá....

"Al estilo de Boyacá" es que vencerá Córdova — todavía no bien restablecido de su enfermedad, pero lleno de brío — al coronel Warletta, que con sus 350 veteranos subía por el río Cauca, a invadir Antioquia.

Córdova y sus hombres — quinientos soldados bien resueltos — atacan a los españoles en Chorros Blancos; los realistas no pudiendo resistir al vigoroso em-

puje de los colombianos, se dispersan y huyen por la montaña de Cáceres.

Dos días fueron perseguidos por una compañía del batallón republicano. A esta victoria tan completa y decisiva, llama alegremente el joven y gran caudillo: "un pequeño saludo que hice a Warletta en Chorros Blancos". (Carta a su padre, Marzo 6 de 1820).

VI

LA CAMPAÑA DEL CAUCA Y DEL MAGDALENA

Sobre las aguas del río Nechí se movía en la noche del 13 de Mayo de 1820, una canoa con un farolillo encendido. La suave brisa nocturna balanceaba aquella lucecilla, que en medio de las sombras se agigantaba fantásticamente.

El cielo estaba sin luceros y la noche profundamente silenciosa.

En la boca del río — posición llena de ventajas — se encontraban cincuenta soldados realistas con sus oficiales, que debían defender contra los patriotas aquel importantísimo punto.

Los españoles tenían la más firme resolución de impedir el paso a los republicanos, pero el misterio de la noche se les impone y hace flaquear su voluntad; aquella barquilla que danza sobre el río, aquel farolillo movido por el fresco y fragante soplo nocturno

se les antoja toda una escuadrilla enemiga. Se creen atacados por un cuerpo bien organizado y sin poder dominar el miedo que de ellos se apodera, huyen como unos cobardes; precipitadamente, desordenadamente.

Y la canoa con su farolillo no era más que una estratagema del capitán Clemente Jaramillo, cuñado de Córdova!

Libertada Antioquia, había sido enviado el prócer por el gobierno de Cundinamarca, a arrojar a los realistas de las provincias del Cauca y del Magdalena.

La empresa era arriesgadísima, como para que un Córdova la realizase.

Todos los ríos navegables — únicas rutas para llegar a esas comarcas — estaban ocupados por los españoles, pero el caudillo antioqueño se abrirá camino y su valor sereno, temerario y altivo dominará a los hombres y a los elementos, a las voluntades y a las cosas.

Ese hombre es un elegido de los dioses, que imponiéndose a todos los peligros, al hambre, a las enfermedades llegará a las más lejanas ciudades como un heraldo de la Libertad y de la Victoria.

Lo acompañan mozos esforzados y valientes, que compartirán con él los sinsabores de la terrible campaña y los halagos del triunfo. Manuel Corral, hijo del dictador; su hermano menor, Salvador Córdova;

el capitán Clemente Jaramillo, su cuñado; Montoya; Santamaría; Alzate; González (Benedicto); Gómez (Juan Antonio y Pío); Viana; Henao y Carrasquillo, todos de las más distinguidas familias de Antioquia.

Con solo cien hombres emprende Córdova la expedición a las regiones del Cauca y del Magdalena.

Atraviesa vastas soledades ardientes, enmarañadas y lóbregas selvas en las que se arrastran serpientes, e insectos enfurecidos atacan al viajero, territorios apenas poblados porque los ha diezmado la peste, la fiebre y la disintería.

A la orilla de los ríos majestuosos, frente a paisajes soberbios que inspirarán tan bellas páginas, desafía a enemigos mucho más numerosos que sus pequeñas huestes y mejor colocados que ellas.

La campaña se inicia con el incidente de Nechí.

Se suceden los éxitos y las victorias; el teniente Manuel Corral con 28 hombres ocupa la plaza de Majagual, el día 19 de Mayo, allí lo atacan cien hombres que lo obligan a retirarse hasta la Mojana. Pero en aquel punto Corral derrota completamente a los españoles, toma prisioneros varios oficiales y sesenta soldados y se apodera de algunas fornituras y municiones.

El hermano de Córdova, joven sub-teniente de granaderos, entra en la ciudad de Cáceres, y toma 70 fusiles, 60 bayonetas y mil cartuchos.

Y así partes, comunicaciones, boletines, diarios de operaciones militares de la época van relatando sencilla y brevemente el desarrollo de aquellas épicas jornadas, cuyo resultado será ver a Colombia limpia de sus antiguos opresores.

"La audacia se empleará para emprender un plan y la prudencia para ejecutarlo" decía Santander a Córdova, en carta del 9 de Julio de 1820.

Audaz y prudente, temerario y sagaz, arrojado y astuto se muestra el joven y gran capitán en sus operaciones del Cauca y del Magdalena.

Para apoderarse de la villa de Mompós tiene que luchar con las dificultades tremendas que le oponen un espeso bosque poblado de insectos y traidores pantanos. Más, no ha llegado aún a la ciudad y los realistas dejan la plaza, al saber que se acercan los vencedores. El 19 de Junio estaban Córdova y sus hombres en Mompós. Ya se habían apoderado de las inmensas sabanas de Corozal, donde conseguirán víveres, ganado y caballos.

De Mompós se retiran los realistas hasta Tenerife. Su escuadrilla se compone de once buques bien tripulados, armados con cañones de grueso calibre y regidos por expertos oficiales de la marina española.

A la columna de Córdova, en Mompós, se había unido el 22 de Junio el teniente coronel Hermógenes Maza con siete pequeñas embarcaciones de guerra y cien fusileros.

Pero si los dos jefes disponen apenas de hombres y armamentos — los pedreros de las embarcaciones no estaban ni aún montados — pueden con su audacia y su arrojo enfrentarse a las tropas más aguerridas y mejor equipadas. Y así lo hacen. Dejan Mompós y se dirigen hacia Tenerife. Córdova, con su infantería atacará por tierra; Maza con su mísera escuadrilla por el río.

Eran apenas las cinco de la mañana, cuando una espesa columna de humo se elevaba sobre las aguas del Magdalena. Los patriotas resueltos y atrevidos se habían lanzado al abordaje de las naves españolas.

Confundidos y desconcertados los realistas no pueden o no saben defenderse. Mueren casi todos y queda su material de guerra en poder de los republicanos.

Esta brillantísima acción de armas — en la cual Córdova no pudo actuar como lo hubiera deseado; extraviado en la selva por unos malos baqueanos no llegó a tiempo para el ataque — deja libre todo el Cauca y el alto y bajo Magdalena; para Córdova es "una dulce satisfacción" dar cuenta del éxito de la campaña al general Santander, vice presidente de Cundinamarca.

En honrosísima comunicación, fechada el 21 de Julio de 1820, agradeció el Estado los servicios prestados por el insigne caudillo a la patria, en la campaña del Cauca y del Magdalena.

Fueron los españoles, después de sus derrotas, a atrincherarse en Cartagena, la "reina de los mares", que es sitiada de nuevo, esta vez, por los patriotas. El batallón *Antioquia*, mandado por Córdova, y el "*Alto Magdalena*" a las órdenes de Maza, reforzaban la línea, que rodeaba la ciudad.

"Córdova, cuyo aspecto revelaba la edad de veintiuno a ventidós años — apunta un cronista de la época, al ocuparse del sitio de Cartagena por los republicanos — cuando le he visto marchar al frente de un batallón; que ya tenía una fama bien merecida por su valentía, fué un objeto de entusiasmo en su tránsito por estas poblaciones. Gallardo en su porte, sencillo en el vestir, con un sombrero de paja inclinado hacia un lado, se notaba por sus atractivos personales entre la brillante oficialidad del cuerpo que mandaba, que era uno de los más lucidos en el ejército de la antigua Colombia. . . . .
. . . .
. . . En el jóven Córdova reverberaba ya la gloria que le esperaba en Pichincha y Ayacucho: general de división a los veintisiete años, fué el soldado más distinguido entre los hijos de Nueva Granada". . . . .

Esta relación hecha por un hombre, que vió al héroe, y presenció muchos de los acontecimientos de la revolución colombiana, tiene en la historia de Córdova, una importancia excepcional.

Revive en aquellas líneas tan cálidas la figura seductora del ilustre prócer; esa crónica que no es evocación, sino narración de un testigo ocular, se nos antoja como un pedazo mismo de la vida de Córdova.

Quince meses duró el asedio de Cartagena por las tropas republicanas. Los sitiados se defendían con tal brío que el sitio se prolongaba indefinidamente.

Pasaron los independientes grandes penurias durante el sitio de la vieja ciudad. Carecían de víveres, de vestuario y de dinero; la disintería y el vómito negro diezman a los soldados; del batallón *Antioquia* muere uno de sus más distinguidos oficiales, el teniente coronel, José María Ricaurte.

En las sabanas de Cartagena el joven caudillo y sus soldados procedían con la mayor actividad; organizan caballería, levantan un batallón y pacifican completamente aquellas comarcas.

Si los independientes sufren algún revés — como en Turbaco — acuden los antioqueños y su jefe, quedando restablecida, en breve, la estrecha línea que por tierra sitiaba a Cartagena.

Apenas reconquistada Cartagena, que promulga solemnemente la constitución de Cúcuta y recibe con toda pompa a los republicanos, Córdova se embarca para el istmo de Panamá. De allí seguirá a Guayaquil; va a hacer la campaña de Quito y a combatir por la libertad en los campos de Pichincha.

VII.

PICHINCHA.

El viaje de Panamá a Guayaquil que, en la actualidad se hace en cuatro días, se efectuaba — hace un siglo — en un mes.

Penosas jornadas aquellas para los viajeros, que apiñados en goletas, veleros, o bergantines sin ninguna comodidad, padecían de mortal aburrimiento.

Córdova — que se dirige a Guayaquil con el batallón *Magdalena* — salva la travesía en menos tiempo; veinte días, pero se ha encontrado "en el buque más pesado que se conoce en el Pacífico". (Carta de Córdova a Santander, Junio 20 de 1822). Una de las más angustiosas penalidades que tuvieron que sufrir los colombianos, en aquella travesía, fué la escasez de agua.

A mediados de Abril llegaban el prócer antioqueño y sus hombres a Guayaquil.

Dejando al *Magdalena*, en la bóca del río Guayas, desembarcó Córdova a tomar órdenes, en el puerto.

Se encontraba entonces la ciudad en plena efervescencia; aquella agitación e inquietud política era producida por tres partidos distintos. El uno quería la incorporación de la provincia a Colombia, el otro miraba hacia el Perú, y el tercero — encabezado por el poeta Olmedo — luchaba noblemente por una independencia absoluta; rechazaba toda tutela y protección. Observó Córdova que todas las señoras guayaquileñas pertenecían al partido colombiano. Y no podía ser de otra manera. Los oficiales colombianos mozos guapos, que bailaban muy bien, y cuyo prestigio militar se había forjado en brillantes campañas eran los mejores propagandistas, cerca de las damas, de la causa colombiana. La simpatía es el más poderoso de los argumentos; como no habían, pues, de escoger por patria, las guayaquileñas — mujeres voluptuosas y bonitas — a la tierra de tan apuestos y simpáticos jóvenes.

Esta división de opiniones puso en grave aprieto a la causa de la libertad. Unicamente la moderación, la prudencia y el tino del gran Sucre pudieron dominar la difícil situación, y encauzar hacia la guerra contra el español todas las energías, los anhelos y los fervores.

Entre tanto, al batallón *Magdalena* no se le permitía desembarcar en Guayaquil; tuvo que seguir has-

ta Machala, para de allí ir a juntarse al ejército de Sucre.

El camino se presentaba a los soldados colombianos rudísimo, lleno de peligros y de dificultades. Llegaban a sitios absolutamente sin recursos; en un punto de los Andes se dispersó todo el batallón "como derrotado", según relataba después Córdova a Santander.

Durante aquella marcha cae enfermo el joven caudillo; hace once días de cama, pero su energía y el "ansia de gloria" que lo consume logran ponerlo de pié y emprende de nuevo camino hacia el altivo Pichincha, por los ásperos senderos de las serranías ecuatorianas.

Vela sobre la existencia de Córdova un espíritu protector; las balas pasan por su cabeza rozando apenas sus cabellos rubios, como cuenta uno de sus biógrafos mejor documentados, Eduardo Posada:

"Sucre había acampado con su ejército a las puertas de Quito, en el ejido de Turubamba. Córdova observaba a caballo, con su anteojo, las baterías enemigas.

— Coronel, mire que le están apuntando con un cañón le dijo el ayudante Botero.

— Déjelos usted tirar, respondió Córdova con toda impavidez y continuó tranquilo observando al enemigo.

El artillero disparó y el terrible proyectil despedazó al capitán de cazadores, Felipe Pérez, que cayó a los pies del corcel del general".

Pasaron los republicanos la noche del 23 de Mayo de 1822, marchando bajo la lluvia, por un camino erizado de accidentes. Córdova iba delante con la mitad del *Magdalena,* Santa Cruz con los peruanos a la derecha, el batallón *Albión* mandado por Mires custodiando el parque y el resto del ejército al centro, con Sucre al frente.

Al amanecer habían logrado los patriotas colocarse en las alturas del Pichincha, cuya blanca cima se perfilaba sobre un cielo maravillosamente puro y azul. Abajo, en la llanura, se extendía la muy noble y muy leal ciudad de San Francisco de Quito con sus templos valiosísimos y sus mansiones señoriales; todavía la ocupaba el jefe realista Aymerich.

Descendía sobre el valle la diáfana claridad de la mañana, cuando el comandante realista López inició el ataque, lanzándose con sus hombres a través del boscaje, contra las posiciones patriotas.

Rechaza y contiene el avance de los españoles el batallón No. 2 del Perú, mandado por el Coronel Olazábal; con heróico valor luchan los peruanos, quedando tendido en el suelo, el sargento Manuel Salcedo, que se metió el solo con su fusil en las filas españolas. A ayudar al No. 2 del Perú vino el *Yaguachi,* man-

dado por el coronel Morales, jefe de Estado Mayor de la división colombiana.

A Córdova le tocará actuar en la etapa final de la batalla, para decidir la victoria y derrotar completamente al enemigo. Durante la primera parte del combate estaba el prócer ocupado en observar los movimientos de los realistas desde una altura; cuando vé que los cuerpos republicanos retroceden empujados vigorosamente por el enemigo — que ha logrado restarles algunas ventajas — vuela a "hacer una reserva". En el parte oficial de la batalla de Pichincha firmado por Sucre se encuentra el siguiente párrafo, que resume clara y vigorosamente la magnífica actuación de Córdova en Pichincha:

... "Entre tanto el señor Coronel Córdova tuvo la órden de relevar a *Paya* con las dos compañías del *Magdalena;* y este jefe, cuya intrepidez es muy conocida cargó con un denuedo admirable, y desordenado el enemigo, y derrotado, la victoria coronó a las doce del día a los soldados de la libertad. Reforzado este jefe con los *Cazadores de Paya,* con una compañía de *Yaguachi* y con las tres de *Albión,* persiguió a los españoles entrándose hasta la capital y obligando a sus restos a encerrarse en el fuerte del Panecillo". . .

Inmediatamente después de la capitulación de Quito, Córdova fué ascendido a general de brigada; tenía veintidos años!

VIII.

LA MUERTE DEL SARGENTO VALDES.

.....Para ser completo solo le faltaba el juicio que naturaleza le había negado.....

P. F. Ceballos, Historia del Ecuador.

Concluída la campaña de Quito, José María Córdova fué enviado a las regiones de Pasto, donde el español Benito Boves había encendido la chispa de una terrible rebelión. Para dominarla era necesario todo el "odio de los libertadores" y toda la energía de un Córdova, a quien vuelve los ojos en aquel dificil momento el gobierno de Cundinamarca. ". . . . .Nada sé de los pastusos, absolutamente, he dejado a Córdova que haga lo que quiera, escribía Santander al Libertador, en Diciembre de 1823. A hombres tan perversos es menester enviarles un demonio sin instrucciones"....

El caudillo antioqueño llegó, pues, con poderes ilimitados al Cauca a dominar a los rebeldes pastusos.

La insurrección había tomado vastas proporciones; era un peligro para la naciente república. En las huestes rebeldes se enrolaban hasta niños de nueve años, tan fuerte era la adhesión de aquellas indómitas gentes a la causa de España.

Fué durante aquella época en que Córdova semejante "a un demonio sin instrucciones", castigaba a los pastusos, que ocurre al vencedor de Pichincha un suceso, que en su existencia radiante de joven caudillo, es nota sombría y sin belleza.

Fué un arrebato de violencia, un impulso de ira y de furor; Córdova era tan desmedido en sus cóleras, que hacía temblar a los que presenciaban sus iras.

Y es en uno de esos extravíos de la reflexión, cuando su ánimo ha llegado a tal punto de exaltación que no le permite ni pensar, ni discernir que José María Córdova hace transgresión al divino mandato: "No matarás".

Ahora que en el mundo dominan las hermosas ideas de fraternidad, de perdón y de misericordia; ahora que las corrientes espirituales están intensificadas por anhelos de paz, de igualdad y de amor reviste caracteres excepcionales de gravedad la acción de Córdova de ordenar la muerte del sargento Valdés.

Pero se hace necesario considerar — para conservar una entera imparcialidad — la época en que vivió Córdova, las circunstancias en que se encontraba,

su carácter y las facultades extraordinarias de autoridad que poseía.

No llevaba el general instrucción alguna para pacificar la provincia rebelde — recordemos las palabras de Santander — podía obrar como quería; la autoridad civil y militar estaban en sus manos.

Abusando de esta autoridad hace morir Córdova a un sargento insolente, que molestaba a los habitantes de la ciudad y se permitió contestarle, olvidando que el general era su superior.

El caudillo nunca hubiera podido tolerar una falta contra esa disciplina militar el que observaba tan estrictamente. Exigía de sus oficiales y soldados cumplimiento del deber, dedicación y amor a su carrera.

A un teniente Rafael Peña que se resiste a marchar pretextando una enfermedad, castiga con severidad quizás exagerada. Un individuo le pide una recomendación para conseguir un ascenso y en vez de frases laudatorias anota: ". . . este paisano más sirve para sacristán que para militar". Tranquilizado el valle de Patía hasta el Mayo, había vuelto el prócer a Popayán, la ciudad apacible, rodeada de hermosas campiñas. Allí encontró a un tal sargento Valdés, cuyas fechorías aterrorizaban a todo el vecindario. Palizas a los soldados y a los civiles y hasta a mujeres indefensas eran las proezas del matón.

"Yo que no estaba tranquilo con las circunstancias de mi campaña no podía mirar esas faltas con

tranquilidad" escribía Córdova, exponiendo los hechos algún tiempo después al secretario encargado del ministerio de la guerra de Colombia.

Crece aún más la indignación del prócer, cuando una tarde se le aparece su asistente, herido en un brazo por Valdés, que le había dado de palos.

Córdova hace buscar al heridor de su asistente, que no parece. Entonces enfurecido sale a la calle; las campanas de la iglesias estaban llamando a oración y sobre la ciudad caían como lágrimas las notas graves del Angelus.

Córdova, el fuete en la mano, llega hasta la plaza y en la esquina encuentra al sargento. Viene, entonces, a turbar el místico recogimiento de la hora una escena violentísima. El guerrero que en tantas batallas se cubriera de gloria no pudo en ese instante alcanzar la más hermosa de todas las victorias; la de dominarse a si mismo y detener el impulso de una pasión desordenada. Olvidando que el otro — aunque villano — es también hombre, lo castiga de un fuetazo como a un perro. Este sintiendo que se le sublevaba el resto de dignidad que le quedaba, levanta un palo, golpea en el brazo a su general y en seguida echa a correr.

En su atolondramiento el hombre va a parar a una calle donde había una guardia. Córdova lo persigue y, ciego de ira, ordena con grandes voces a la guardia prenda al fugitivo y lo mate.

En el colmo del terror Valdés se refugia en una casa, donde por órden del general se introducen los soldados, violando todas las leyes. Debajo de una cama estaba escondido el sargento; es sacado de su escondite y, afuera, en presencia de Córdova, sin juicio previo es muerto por la guardia con unos bayonetazos.

(Esta es la narración del triste acontecimiento a la que nosotros damos más fé. Es la versión que consta en las piezas del proceso de Córdova y la que el prócer, con su gran sinceridad, refirió en cartas, conversaciones y en su defensa ante el tribunal; versión sostenida por algunos testigos poco favorables al general. Otra narración de este dramático asunto relata que Córdova mató el mismo a Valdés, en casa de una mujer cuyos favores se disputaban ambos hombres).

¡Ah Córdova impulsivo y orgulloso! ¡Cuánto más te habrían glorificado la piedad y el perdón que el rigor inhumano y la severidad implacable!

IX.

AYACUCHO.

Córdova se ha portado divinamente; él decidió la batalla.....
Carta de Sucre a Bolívar, 10 de Diciembre de 1824.

Embriagado de triunfos, en pleno florecimiento de juventud, de gallardía y de heroísmo llega Córdova al Perú el 25 de Marzo de 1824. Viene en la goleta de guerra "Macedonia", con un refuerzo de mil hombres para la campaña que libertará definitivamente a nuestra patria de la dominación española.

El prócer antioqueño y sus soldados desembarcaron en Pacasmayo. Diezmada la tropa por las pésimas condiciones del viaje — los víveres eran escasísimos y de pésima calidad, los hombres habían sufrido todas las lluvias sobre cubierta — produce vivísima inquietud al Libertador, que se desespera con esta mortan-

dad inútil. Tantos sacrificios, despoblar así a Colombia, llenar de dolor el corazón de madres y esposas sin provecho alguno para la causa de la libertad!

Ocupaban las fuerzas patriotas las provincias de Huánuco, Huamalíes y Huamachuco — bien sabía Bolívar las ventajas que presentaba la sierra peruana a sus ejércitos — encontrándose su cuartel general en Pativilca, el humilde pueblecito inmortalizado por una sublime respuesta del varón extraordinario, aquél: *¡Triunfar!* reto al destino, desafío a los hombres y a los dioses.

La división colombiana pasó de Pacasmayo a Trujillo. El Libertador se había trasladado ya de Pativilca a la vieja e hidalga ciudad, con el objeto de concentrar las fuerzas diseminadas por diferentes puntos y preparar la ofensiva contra los realistas.

Se abre la campaña el 17 de Junio. Va el ejército libertador por los abruptos senderos de los Andes peruanos; caminos casi impracticables abiertos sobre abismos imponentes, crestas altísimas, ásperas quebradas y barrancos profundos, páramos donde soplan vientos helados, todo un panorama nostálgico, severo, majestuoso. Y van los guerreros entusiastas, animosos, llenos de confianza; los colombianos con el ardor de sus selvas y la altivez de sus montañas; los argentinos reposados, duros, fríos; los peruanos con la grave tristeza del quechua y también con la vivacidad que en su raza silenciosa y melancólica introdujera el es-

pañol. Se han olvidado todas las rencillas, querellas y disenciones; no hay ni colombianos, ni argentinos, ni peruanos; solo hay americanos.

Resuenan los clarines en Junín; los realistas atacan a los republicanos en la llanura cerca de la laguna de Reyes. Es tan fuerte la carga de los escuadrones españoles sobre las tropas americanas, que rompe su línea de combate. Pero entonces un escuadrón de peruanos mañdados por el comandante Suárez, se precipita sobre los realistas — que en el ataque se habían desordenado — y con su brillante y nerviosa carga salva la situación.

Así como la jornada de Ayacucho pertenece a los colombianos, la de Junín es de los peruanos. Bolívar otorga al batallón de Suárez — en el mismo campo de batalla — el título excelso de "Húsares de Junín".

Pintorescas, elegantes, sugestivas eran las batallas de antaño. La tragedia se revestía de galas brillantes y los campos de combate semejaban cuadros plenos de color, de gracia marcial, de bélica alegría. Hoy la guerra es gris, sombría, tenebrosa, los hombres combaten subterráneamente en las fétidas y húmedas tincheras, pobladas de insectos y de ratas, tan tétricas que inspiran aquel libro desolador de "El Fuego".

Contra el horror de la guerra moderna alza su voz dolorida Barbusse, que supo del tedio horrible del combatiente — el "cafard" — que aniquilaba la voluntad del soldado encerrado en la lóbrega prisión de la trinchera.

Los relatos de combates y acciones de armas de otros tiempos respiran contento, jovialidad y amor a la guerra.

En esas vibrantes narraciones desfilan uniformes aureos, penachos que agita el viento, metales relucientes, caballos que piafan, música de ritmo vigoroso, bellas arengas, proclamas sonoras como un toque de clarín.

La guerra era un torneo caballeresco, una alegre parada, un conjunto de plásticas evoluciones y no la lucha sorda de días, semanas, meses en la que intervienen elementos maléficos, que desfiguran hermosos rostros y cuerpos esculturales.

Los guerreros vestíanse con el mayor esmero para salir a pelear y se saludaban cortesmente, antes de emprender el combate. Se abrazaban los amigos y las manos, que debían empuñar el fusil o la espada, se estrechaban cordialmente.

¿El escenario de las batallas de antaño? Las montañas blancas, los picachos soberbios, las extensas llanuras bajo el cielo sereno y amplio, la orilla de algún río

turbulento y vasto como el mar; se peleaba ante panoramas bellísimos y paísajes de una suave poesía. . .

Era el 9 de Diciembre de 1824. Estaban frente a frente el ejército realista y el republicano. Los españoles se habían posesionado de las pendientes del Cundurcunca, que el coronel López — uno de los actores de la épica jornada — describe como "un hermoso y elevado cerro, más alto a la izquierda, que a la derecha y suave dentro de la cumbre hasta la falda, entre un escape muy áspero, que lo corta a la derecha y tiene arbustos que lo estrechan a la izquierda en la parte superior". Los realistas son nueve mil hombres, con un cuerpo de caballería y once piezas de artillería.

Los asiste la seguridad de la victoria, tanto por su superioridad numérica, como por su experiencia en los combates y su buena artillería.

Los americanos, en número de cinco mil, con solo una pieza de artillería, se han situado en el campo de Ayacucho (rincón de muertos, en quechua), que es una llanura extendida al pié del Cundurcunca, limitada por las pendientes del "Cuello del Cóndor", otras más suaves que conducen al pueblo de Quinua y por dos quebradas sumamente hondas.

Escasos de provisiones — solo hay carne para racionar a la tropa, uno o dos días más — con un cañón apenas para responder a las once piezas de artillería de los godos, mal vestidos — cuenta López en sus "Re-

cuerdos históricos" que no pudieron uniformarse de parada, como lo hicieron los españoles, para emprender el combate, — los anima, sin embargo, un vivo júbilo y una gran confianza.

Sucre, el general en jefe, es un formidable militar, cuyo nombre es prenda de éxito y los otros jefes son guerreros valientísimos dignos de luchar por la causa de la libertad.

En aquella legión de insignes capitanes la figura más interesante es la del general neo-granadino, José María Córdova.

Más que ninguno de sus compañeros es guapo. Apenas tiene veinticinco años y su vida es una sucesión de hazañas espléndidas, de hechos heróicos, de proezas de leyenda, de aventuras homéricas. Hasta aquella falta de cordura que le reprochan sus biógrafos y que no es más que un exceso de dinamismo, lo hace más interesante. Y en la jornada de Ayacucho sus robustos brazos juveniles estrecharán a la gloria como se estrecha a una mujer amada, y la hará suya en una hora triunfal!

Con un bello gesto romántico se inicia el combate. Sobre la llanura se alzaban las modestas tiendas grises de los soldados de la libertad; las pendientes del cerro brillaban esmaltadas con los ricos y vistosos uni-

formes, los estandartes bordados, los penachos blancos y crespos, las aureas cruces y las charreteras refulgentes. "Esta eminencia nos parecía un altar de Córpus campesino," dice con acertada expresión el autor de los interesantísimos "Recuerdos históricos", describiendo el campo español.

El general Monet, uno de los jefes realistas, que era amigo de Córdova, solicita hablar con él, antes de que principie la contienda.

Sucre, el héroe magnánimo, no solo permite que Córdova hable con su amigo; todos los patriotas, que en las filas contrarias tienen relacionados, parientes o camaradas pueden salir del campamento a estrecharles la mano.

Y, todavía la trompeta no había anunciado la batalla, cuando se estremecieron los corazones con una honda e íntima emoción, que no era la emoción bélica.

En la obra de Ramallo "Batallas de la guerra de la Independencia Alto peruana" leemos lo siguiente, respecto a la entrevista de Monet y Córdova:

..."Monet y Córdova formaban entre tanto un grupo aparte; lo que allí trataron no es un misterio. Monet propuso a Córdova, que vista la inferioridad numérica del ejército unido entrasen en una transacción antes de derramar bárbaramente tanta sangre; a lo que Córdova repuso que lo único que cabía era "que los españoles reconozcan la independencia americana

y se regresen a España. "Monet replicó: "eso es imposible tenemos más ejército y mejores posiciones y la victoria no es dudosa", a lo que Córdova repuso afectuosamente: "pero nosotros tenemos mejores soldados, ya lo verá Ud. mi general, a la hora del combate."

El general Monet después confesó que Córdova tenía razón"....

Montado en un caballo castaño oscuro recorre Sucre la línea de batalla.

A cada batallón dirige frases inspiradísimas, que enardecen aún más los entusiasmos, frases que culminan en la proclama admirable:

"¡Soldados! De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur."

Su voz vibrante de emoción resuena hasta el campo realista, hasta la cima del Cundurcunca: "Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia", exclama en un arrebato genial.

A las diez de la mañana un toque de clarín golpea los ámbitos del purísimo cielo, y de las alturas del Cundurcunca baja rápidamente la vanguardia del ejército realista, mandada por el general Valdés.

Trae una batería de cuatro piezas y rompe el fuego al norte, contra la división La Mar. Es tan rudo el ataque, tan nutrido el fuego de la artillería, que en las filas peruanas se abren grandes claros y los inexpertos soldados vacilan un poco.

Córdova y sus huestes están situados a la derecha; tienen al frente a la división Villalobos. Constaba la segunda división colombiana de cuatro batallones: el *Bogotá*, el *Voltigeros*, el *Pichincha*, y el *Caracas*, que formaban un total de dos mil cien hombres.

Había llegado para el joven general colombiano el instante más luminoso de su existencia.

En toda vida humana — por castigada que sea por el Destino — hay un minuto de belleza, de embriaguez y de armonía; una hora en la que el hombre puede enfrentarse a los dioses y mirar sin temor el rostro severo del Dolor.

Algunos encontrarán la hora suprema en el amor, otros en el arte, en la virtud o en la ciencia.

Córdova — que ya había gustado muchas y muy hondas embriagueces — hallará la emoción máxima de su vida en una pequeña llanura de la sierra peruana, combatiendo por un ideal magnífico.

Semejante a un semidios estaba el prócer en el campo de Ayacucho. Vestía un ligero y sencillo uniforme azul y cubría su fina cabeza rubia un jipijapa de Guayaquil.

Acariciaba suavemente su caballo castaño claro, que piafaba, impaciente, por entrar al combate.

La emoción coloreaba la tez fresca y tersa del héroe, acrecentando aún más aquella hermosura física, que era uno de sus distintivos.

Sucre vé su izquierda en peligro y busca como salvar la situación.

Se dá cuenta de que la división Monet no está todavía ordenada en el barranco; entonces corre a su ala derecha y dice a Córdova:

— General; tome Ud. la altura y está ganada la batalla.

El joven arrojándose del caballo se descubre; las frescas brisas andinas agitan sus cabellos rubios y, cariciosamente, rozan su frente. Alza la espada y ordena a sus soldados:

— División, armas a discreción y paso de vencedores!

Estas palabras que asombran al mismo Dios y detienen a la muerte, son repetidas por todos los jefes de cuerpo de la división. Y, mientras resuena la música cadenciosa del *Bambuco* ejecutada por la banda del *Voltigeros*, se precipitan los colombianos al ataque.

Van a paso de vencedores, conducidos por el Héroe; en silencio, sin disparar un tiro llegan hasta la división realista.

Caen sobre ella, la arrollan, la deshacen. Comienzan los españoles a flaquear ante tan ardorosa embestida. Nada puede detener a Córdova resplandeciente de heroísmo y de gallardía.

El caudillo ha enardecido a tal punto a sus hombres, que estos se arrojan en masa contra los escuadrones españoles.

Pichincha se precipita sobre la batería del centro; muere la mayoría de los artilleros y quedan los cañones en poder de los colombianos.

La Mar, mientras tanto, ha logrado empujar a Valdés contra sus antiguas posiciones. Completan los *Húsares de Junín* la derrota de los españoles por la izquierda.

Prosigue el fogoso avance de Córdova; ahora el caudillo sube por las cuestas del Cundurcunca a cortarle la retirada al virrey. El anciano — que vestía un traje de apariencia monacal — estaba herido en la cabeza y en los brazos. Córdova recibe su espada y, en seguida, con el más profundo respeto ofrece su brazo al prisionero para ayudarle a descender la cuesta.

Y, sobre la montaña augusta, el Vencedor auxiliando al vencido es tan grande como en la llanura, cuando conducía sus huestes a la victoria.

X.

DESPUES DE LA VICTORIA.

¡Ya viene el cortejo!
¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.
La espada se anuncia con vivo reflejo;
Ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines.

RUBEN DARÍO

Sobre el campo de Ayacucho enrojecido por la sangre de los muertos, habiendo cesado apenas el clamor del cañón, Sucre nombra a Córdova general de división. En carta dirigida al Libertador, cinco días después del combate, el Gran Mariscal hace el más cálido elogio del joven caudillo antioqueño y, en el parte oficial de la batalla, redactado en la misma tarde de la victoria, el nombre de Córdova figura en primer término.

La noticia del triunfo obtenido por los ejércitos de la libertad no llegó a Lima hasta el 18 de Diciembre, a las cinco de la tarde, causando el más vivo regocijo y alegría a los patriotas de la capital.

.... "Los realistas lo creían sueño — refiere Paz Soldán en su "Historia del Perú Independiente" —; Rodil encerrado en los castillos del Callao no quería ni dar oídos a las capitulaciones; estaba decidido a defenderse hasta la heroicidad."...

El júbilo de los pueblos del Perú y su gratitud a los que le dieron libertad se manifestó de diversas maneras, todas rebosantes de cariño, de sinceridad y de esplendidez.

En Lima se celebran en los teatros veladas en las que se leen y recitan poesías, odas, himnos y loas en honor de los próceres de la independencia. En los templos se cantan misas de acción de gracias; los oradores sagrados incitan a los fieles al regocijo y entre la Epístola y el Evangelio el coro entona:

"De ti viene todo
Lo bueno, Señor
Nos diste a Bolívar
Gracias a ti gran Dios".

Porque el Libertador es venerado con apasionada devoción; en la figura magra del hombrecito moreno, nervioso y envejecido han visto los pueblos algo de sobrenatural, de extraordinario, de divino.

El congreso del Perú otorga un millón de pesos a Bolívar, que lo distribuye entre los individuos que habían combatido en el ejército libertador. Además Bolívar decretó honores y recompensas al ejército de la libertad; dió a todos los cuerpos el dictado de *Gloriosos y Libertadores del Perú* y el título de *beneméritos* en grado eminente. Los jefes, oficiales y tropas llevarían una medalla, en recuerdo de la magna fecha, y los deudos de los muertos gozarían de montepío íntegro.

El congreso colombiano se ocupó igualmente, en conceder a los vencedores en el Perú, recompensas y premios extraordinarios.

Al regreso a la patria el ejército que venció en Junín y Ayacucho, sería recibido con especial solemnidad; a Bolívar se le obsequió con una medalla de platino con inscripciones honrosísimas, a Sucre con una espada de oro y con escudos de honor a los oficiales y jefes, que habían hecho la campaña del Perú.

Las cartas de Córdova, en aquella época, nos lo pintan feliz de haber cooperado a la portentosa obra de la independencia americana, sencillo, modesto como lo son todos los grandes hombres.

Un biógrafo del prócer neo-granadino, que se muestra con el de una severidad excesiva, habla de la "vanidad, engreimiento y petulancia" de Córdova.

Pero ¿existirá necedad e infatuación, en el hom-

bre que escribe — después de haberse portado como un héroe y decidido una batalla—:

Nada tengo ahora más que mucha satisfacción, mucho gusto, mucho contento por haber tenido alguna parte en el importantísimo triunfo del ejército en Ayacucho, el día 9 de Diciembre. (Carta de Córdova a don Sinforoso García) ?

No puede pedirse más modestia; esto es casi humildad.

Siguió el cortejo de los paladines avanzando, después de Ayacucho, hacia el Alto Perú.

Nada resiste al victorioso empuje de los soldados de Sucre, que toman posesión de todas las ciudades del sur del Perú.

Las multitudes aclaman, agasajan y llenan de homenajes y obsequios a los vencedores.

En La Paz donde se encuentran reunidos Bolívar, Sucre y Córdova alcanzan los agasajos su máximo esplendor. Son tres días de diversiones, fiestas, ceremonias y saraos brillantísimos.

Animan la ciudad suntuosos banquetes y marciales paradas, típicas danzas populares ejecutadas por comparsas venidas de las provincias, al son de flautas y tamboriles y las no menos típicas corridas de toros, que tienen lugar en la plaza mayor. Y también en la plaza mayor, de noche, fuegos artificiales, que turban con su algarabía el solemne silencio andino y alegran

a las muchedumbres. La alegría tiene ya algo de frenético.

Bolívar y su cortejo de heróicos guerreros asisten al "Te Deum" y a la suntuosa misa celebrados en la catedral.

A estos actos religiosos sigue el besamanos en la casa de gobierno. El Libertador con esa elocuencia fogosa, romántica y enérgica que le es propia responde a cada corporación, a cada autoridad.

"La noche — cuenta un cronista bien documentado — fué destinada a un magnífico y ostentoso sarao, cual correspondía al héroe a quien se dedicaba como la expresión de la complacencia y gratitud del señorío de La Paz.

"Bolívar, Sucre y Córdova eran las divinidades en aquel templo de idólatras de la libertad; ellos atraían las miradas y tras ellos los corazones de los concurrentes, quienes se creían muy favorecidos con una palabra que les fuese dirigida, saliendo de los labios de aquellos: cariño, gratitud era el agasajo con que todos los obsequiaban".

Pero la ceremonia más significativa fué aquella, en la que La Paz, regaló a Bolívar con una corona de oro y brillantes. El Libertador ofreció esta corona a Sucre, que a su vez la obsequió a Córdova, como al más digno de los guerreros de su ejército.

Se realizó el acto en los extensos salones de la

casa de gobierno, lujosamente decorados para la ceremonia y concurridos por selectísimo público.

Asistía el gran mariscal de Ayacucho con su gallarda oficialidad; vestían todos de gran parada.

Bolívar — concluído el "Te Deum" en la catedral — pasó al palacio; lo saludan aclamaciones cariñosas y un sacerdote se adelanta hacia él, para colocar sobre su frente un laurel de oro tachonado de brillantes.

Pero el Libertador toma con presteza la guirnalda y corona a Sucre, diciendo:

— No es a mí, señores, a quien es debida la corona de la victoria, sino al soldado que dió la independencia al Perú, en el campo de Ayacucho.

Concluída la actuación Sucre envió el laurel a Córdova, el joven e ilustre caudillo.

Hoy "la corona de la victoria" se encuentra en la ciudad de Rionegro, que la conserva como tesoro preciosísimo.

El héroe de Ayacucho había enviado el simbólico laurel a la ciudad donde se educara y, que todavía era residencia de los suyos, en el año de 1826.

XI.

EL PROCESO.

> *..... Que se me juzgue, que se me castigue con todo el rigor de la ley si lo merezco, pero si no que se me dé una satisfacción pública.....*
>
> *(Carta de Córdova a Bolívar, 26 de Abril de 1826).*

Transcurrían amablemente los días para Córdova en el Alto Perú.

Guapo, elegante, correcto con un prestigio de caudillo y una aureola de héroe, especialmente estimado de Sucre — que lo invita a comer dos veces por semana en su casa — el joven general recibe atenciones sin número y hacia su arrogante personalidad convergen todas las simpatías.

En octubre de 1825 envía Córdova al Cuzco al alférez Giraldo con una comisión, que no era militar por cierto. El prócer antioqueño — mozo de gallarda pre-

sencia a quien agasajan las familias más distinguidas — tiene sus ribetes de Brumell. Y sabe que en el Cuzco hay sastres expertos, que confeccionan con esmero uniformes de lujo; por eso manda a Giraldo, a la imperial ciudad, a que le busque algunos trajes bien cortados, finos y ricos para bailar "con las hermosas al son de la divina música de *Voltigeros*".

Mientras el héroe gustaba de los placeres del baile con mujeres bonitas — uno de sus compañeros de armas cuenta en sabrosa narración que Córdova se encantaba bailando — la justicia, en Colombia, se ponía en acción y pedía cuentas al prócer por la muerte del sargento Valdés.

La corte marcial de Bogotá pasó un oficio a Sucre, que se encontraba en Chuquisaca, reclamando al general José María Córdova para juzgarlo por aquel homicidio.

Córdova, apenas supo que los tribunales de su patria querían hacerle justicia, no tuvo un momento de tranquilidad. Se dirige a Sucre pidiéndole lo deje partir a Colombia; escribe al Libertador suplicándole se le conceda ir a presentarse ante los tribunales de Bogotá; él no le teme a la ley porque su conciencia no le reprocha crimen alguno. Al ordenar la muerte del sargento Valdés creyó cumplir un acto de autoridad y, a lo más, pecar de violento, de arrebatado, de cruel, pero de criminal nunca!

Negó Sucre a Córdova la licencia que pedía porque no había quien lo reemplazara en el mando de su división.

Pero el vencedor de Pichincha y de Ayacucho quería ser juzgado para recibir castigo o satisfacción. Vuelve a escribir a Bolívar, insiste con su jefe, consiguiendo al fín — ha sido tan tenaz su insistencia — permiso para regresar a Colombia.

¿Porqué tanta impaciencia, porqué tanto apuro? ¿Vá el joven caudillo a saborear los halagos de un triunfal recibimiento, a ocupar algún puesto elevadísimo, de esos que satisfacen la ambición de un hombre, o lo espera una hermosa prometida llena de ternura y de amor?

¡Cómo ha suplicado al Libertador, con que fuego le ha expresado la necesidad, que hay para él de volver a su patria!

Y no es ni la ambición, ni el amor lo que lo empujan irresistiblemente hacia su tierra. Córdova deja el Perú — donde gustara las emociones más hondas de su vida — para ir a sentarse en el banquillo de los acusados como cualquier malhechor vulgar.

El héroe no se rebela contra la ley, ni cree estar fuera de ella por sus hazañas, por los servicios prestados a la causa americana, por su claro prestigio; si ha procedido mal que lo condenen los jueces.

La opinión pública, en Colombia, se conmovió profundamente con el rasgo de virilidad, de sumisión a la

justicia, de nobleza y de altivez del joven e ilustre general. Las gacetas y periódicos elogiaron vivamente la conducta de Córdova, únicamente un papelucho de cuarto órden se atrevió a atacar al prócer.

A mediados de 1827 llegó Córdova a Bogotá.

Su causa no demoró en verse; el 18 de Octubre del mismo año pudo el caudillo presentarse ante el consejo de guerra reunido en la casa del general Rafael Urdaneta.

El consejo absolvió a Córdova — que supo defenderse lucidamente — por unanimidad de votos, pero faltaba el fallo de la alta corte marcial, que era el decisivo.

A fines de noviembre se reunieron los jueces que debían fallar definitivamente en la causa de Córdova.

Eran los señores doctor Félix Restrepo, José M. Pey, Estanislao Vergara, Francisco Javier Cuevas, Diego F. Gómez, José J. Suárez, Francisco Morales, Pablo Merino y Remigio Márquez; todos, menos el doctor Restrepo, se mostraron clementes con Córdova, que en sus extravíos y errores procedió siempre con sinceridad absoluta.

Se presentó el general ante sus jueces vestido con esmerada elegancia; suntuoso uniforme, sombrero elástico y bastón de carey. Lo acompañaba su abogado el doctor Vicente Azuero; una vez que hubo hablado el defensor del prócer, principió este a exponer los hechos.

Ligeramente pálido, pero con voz firme Córdova

explica los acontecimientos; no niega el haber ordenado la muerte del sargento Valdés, pero lo obligaron a ello motivos poderosos de disciplina militar, que se hacía indispensable mantener en las circunstancias angustiosas de la campaña.

Se defiende calurosamente de la acusación de asesinato; quizás estuvo excesivo en el castigo, pero procedió basado en su autoridad y en su derecho.

Oyeron los magistrados en silencio a Córdova, pasando en seguida a deliberar. Estaban inclinados a absolver al general, tanto por las circunstancias que atenuaban su falta, como por considerarlo un hombre de excepción, cuyos servicios a la patria lo hacían acreedor a una justicia más tolerante que rigurosa.

Unicamente el presidente del tribunal, doctor Restrepo, se mantiene inflexible y ¡cuan tremenda es la sanción que pide para Córdova!

... El joven, que de nuevo, ha entrado a la sala, para escuchar la sentencia, no puede ocultar la impresión que le causan las palabras del doctor Restrepo:

... "Que el general José María Córdova debe sufrir la pena del último suplicio, en la plaza mayor de esta ciudad; previa la degradación de su empleo militar"... expresaba el voto del presidente del tribunal.

Lívido, con una llama sombría en la mirada, Córdova fijó la vista en el juez, que pretendía aplicarle tan infamante sentencia; su actitud llegó a asustar a los demás magistrados.

Pero logró dominarse y aparentemente tranquilo dejó el Tribunal.

Aplaudió la prensa el fallo de los magistrados; más el voto del doctor Restrepo ha ultrajado como un bofetón el orgullo indomable de Córdova.

Había quedado el guerrero profundamente resentido con el Dr. Restrepo. A tál punto que no pudo ni contestarle, cuando terminado el proceso se le acercó el magistrado y afectuosamente le dijo:

— General, acá privadamente, celebro su absolución, pero yo como juez he tenido que cumplir con mi deber y mi conciencia.

En Córdova — naturaleza exaltada y excesivamente sensible — el resentimiento no podía quedar oculto mucho tiempo. Tenía que manifestarse exteriormente; el héroe no era de los que callaban y olvidaban. De la manifestación de su resentimiento dependía la tranquilidad de su espíritu; el prócer, en cuyo rostro se advierte una intensa preocupación, se dirige una tarde a la casa del juez y le propone salir a las campiñas que rodean Bogotá.

Restrepo conoce el carácter de Córdova, sabe que el general le guarda un fuerte rencor y que en un momento de irreflexión es capaz de cualquier violencia.

Pero el anciano acepta, sonriente, la invitación del exaltado jóven y se deja conducir a los rincones más apartados del campo, que, en esa tarde de diciembre, se revestía de gracia melancolica y poética tristeza.

El Dr. Restrepo — que era también un prócer ilustre, el precursor de la libertad de los esclavos, jurista y filósofo profundo — estaba en aquellos momentos, más que nunca sereno, plácido, majestuoso; el alma de Córdova que es capaz de exaltarse no solo con arrebatos desordenados de ira y de venganza, sino también con generosos sentimientos e ideas bellas, se vá arrebatando al contacto del gran espíritu del anciano; ahora lo respeta como a varón justísimo, como a juez sin miedo y sin reproche. Y la paz desciende a su corazón agitado por tumultuosas pasiones, pero lleno de nobleza y de sinceridad; acompaña al anciano hasta su casa y se despide de él con una frase emocionada y henchida de veneración:

— Dios guarde al magistrado para la ley.

Y Restrepo, a su vez, rinde homenaje al jóven, que ha sabido obtener tan señalada victoria sobre sus pasiones:

— Dios guarde al héroe para la patria.

XII.

HORAS TRANQUILAS.

En la casa de los Córdova, en Rionegro, se esperaba ansiosamente el regreso de José María, que desde 1820 no había vuelto a su provincia.

Pero falta en el hogar sencillo y austero de los Córdova-Muñoz, el padre, ese viejo "un poco gritón". pero tan bueno, que había muerto a fines de 1823, dejando a su familia casi en la indigencia.

No estará allí don Crisanto para abrazar a su hijo que nimbado de gloria, en la hermosa lozanía de sus veintiocho años sedientos de aventuras épicas y hazañas portentosas, vuelve a refugiarse en la quieta dulzura de los afectos familiares.

No estará allí el buen anciano para escuchar los relatos casi inverosímiles del hijo, cuya inquietud lo llevara hasta el Cundurcunca lejano; relatos sonoros, vibrantes, pintorescos en los que José María se destaca con perfiles de héroe.

¡Qué tristeza para el prócer ver en la mesa de su casa — mesa arreglada con una noble simplicidad; mantel albo, frutas jugosas y pan moreno — un asiento vacío; qué dolor no recibir la bendición de su viejecito, que se habría puesto tan orgulloso con los triunfos de su José María!

La simpatía que inspira Córdova se intensifica más, cuando se sabe que era un hijo amorosísimo y un hermano tierno.

Siempre lo acompañó y lo preocupó el recuerdo de los suyos.

La carta que escribió a su amigo, el señor Sinforoso García, al saber que su padre estaba moribundo expresa un hondo y sincero dolor. Y, abnegadamente, ofrece sus sueldos y haberes para pagar la curación del enfermo querido; la idea de que su madre quede en la miseria lo aflige inmensamente. Decía así la carta del prócer al señor García:

Mi apreciado amigo:

En que tristezas me ha puesto la carta de usted! No ver más a mi padre querido!... ¡mi madre llorando... mis hermanitas.... Dios mío!

¿No está ahí Gutierrez? ¿Carrasquilla? por mi señora Josefa, por nuestra amistad, ruégole a alguno de los dos, apure sus conocimientos por salvar a mi padre. Ofrézcales mi gratitud. Que no se economice nada que pueda ser conveniente, nada

que valga; si en mi casa no hay con que pagar yo viviré a ración mientras satisfago.. .. ..

Suplico a usted con todo mi corazón que si mi padre fallece, vea por mi familia, que mi madre no llore en la miseria...

Al recibir la noticia de la muerte de su padre, Córdova hace asignar inmediatamente a su madre el tercio de su sueldo mensual; el prócer sabía cumplir ¡y con que ternura! sus deberes filiales.

Cuando llega a su conocimiento que las oficinas del Estado no atienden con puntualidad a su madre, se indigna vivamente:

.... *Y después de haber contribuído en algo por la libertad, no se le dá a mi madre corrientemente una miserable asignación que le he hecho de mis sueldos o de mi haber. Esta sí que es miseria, esta si que es porquería,* dice el general también en carta dirigida al señor García.

Y la influencia de que dispone cerca del gobierno de Colombia — influencia conquistada por su heróica foja de servicios — la emplea en favorecer a sus hermanos y a su cuñado, que por lo demás, son jóvenes de mérito.

A su hermana Marianita brindaba el héroe un afecto intenso y delicado, que le dictaba cartas tan ex-

quisitas como ésta, que le dirigió en 1827, desde Popayán:

Mi muy querida y muy pensada Marianita:

¡Qué gusto mi querida, he tenido cuando he recibido tus dos cartitas! ¿Si te quiero, me preguntas? Mi vida tanto como a mi mamá. Qué ganas tengo de verte, estoy desesperado por oírte cantar en el piano: este gusto tendré muy pronto dentro de cuatro o cinco meses, cuidado como no sabes una cancioncita y mucha parte de lo que deben saber las jovencitas lindas como tú, es decir coser, bordar, aplicación al dibujo, leer, escribir y cantar. Una hora me he estado antes de este renglón pensando que más decirte, como manifestarte más cuanto te quiero y no sé que más decirte, sino que yo deseo enteramente ser tu Papá, tu hermano, tu todo.

JOSE MARIA.

Córdova volvió a Rionegro, a principios de 1828, una vez terminado el asunto de su proceso.

Permaneció treinta días en la ciudad. El cabildo y las autoridades hicieron al héroe un recibimiento solemne; se honraba Rionegro en ser casi cuna del ilustre guerrero.

El retrato del general estaba colocado en muchas casas, en el sitio de honor; la corona cívica que le obsequiara Sucre y el acta con que la enviara a la ciudad, figuraban en la sala de la municipalidad como prenda inestimable, joya valiosísima.

Pero más que el homenaje de sus conciudadanos, halagaban a Córdova las afectuosas atenciones de su

madre y hermanos, entre los cuales vivió días de suave sosiego, antes de proseguir su agitada existencia de caudillo impetuoso y temerario.

Al volver de Rionegro a Bogotá, Córdova que traía en el espíritu y en el corazón aromas de hogar, se entrega por un tiempo a una vida de meditación y de estudio.

Hay un libro que lo atrae poderosamente; las "Vidas de los hombres ilustres" de Plutarco; el prócer pasa muchas horas fortaleciendo su ánimo con el ejemplo de aquellos varones eminentes.

Córdova, que no era un burdo e inculto soldadote, por cierto, no había tenido tiempo para cultivar, como lo deseaba, su espíritu. En aquellos tranquilos días de Bogotá perfecciona el francés — que aprendiera junto a Serviez — y profundiza sus conocimientos de geometría bajo la dirección del venezolano Carujo.

Ha encontrado el guerrero en los libros, tan sugestivo y hondo encanto, que ahora son sus amigos más queridos, sus compañeros más constantes y fieles.

XIII.

LA VIDA AMOROSA DE CORDOVA.

Las inquietudes que causa una beldad son muy agradables.

Córdova.

Preguntaron una vez al general Francisco Giraldo, que había sido edecán del héroe antioqueño:

—General, ¿cómo era Córdova?

— El general Córdova — respondió Giraldo — era el hombre más buen mozo que puede figurarse.

.. ..

— Era así, así, ni alto, ni bajo, tenía un porte marcial que no he visto en otro, al caminar cojeaba un poquito; el óvalo de la cara era hermoso, la tez blanca y sonrosada, ojos grandes y rasgados que chispeaban, era lampiño. Tenía gran afición al baile, se enloquecía por las mujeres; con sus amigos era afa-

ble y complaciente, menos en las horas en que estaba sombrío.....

"Se enloquecía por las mujeres". Dato de gran valor para estudiar la vida amorosa de Córdova, es esta frase de su edecán.

Y la lectura de la correspondencia del héroe nos proporciona aún más datos y nos permite entrar en la intimidad de Córdova, que fué un sentimental, un romántico y un apasionado.

El hermoso guerrero de mirada fascinadora, gallarda actitud y perfil clásico se enamoraba idílicamente, como un muchacho ingenuo y no a lo don Juan, que en su idiosincracia no cabían las poses ridículas y desagradables de los tenorios de cuartel.

Se enamoraba Córdova con tan profunda y pura pasión, que lo primero que se le ocurría era casarse; su espíritu fresco, sano, claro, su corazón sencillo y casto veían en la amada a la compañera y amiga de la existencia del hombre.

Al iniciarse la campaña de Antioquia — el prócer contaba apenas veintiún años — se apasiona de una muchacha preciosa y de muchas cualidades, según contaba el historiador Restrepo al general Santander.

Córdova no espera sino ser coronel para casarse; como es un gran amador su pasión lo entristece, lo inquieta y lo angustia hondamente.

Esa muchacha, que así lo trastorna y que es su

primer amor, se llamaba Manuela Morales. Sobrina del distinguido patriota, José Manuel Salazar, pertenecía a una antigua familia antioqueña y había sido muy bien educada.

Pero a pesar de todos los méritos de aquella jóven, se disgustan profundamente los amigos del caudillo con su posible matrimonio.

"Es lástima que tan joven ponga traba tan terrible a su carrera como el matrimonio", deploraba Restrepo, al comentar los amores del prócer.

No llegó a efectuarse el matrimonio de Córdova con la señorita Morales; concluídas las campañas de Antioquia, del Cauca y del Magdalena partió el joven al Ecuador y poco a poco el tiempo, la distancia, su misma juventud, se encargaron de hacerle olvidar a la linda muchacha antioqueña, ilusión de su mocedad romántica.

Ya después solo se esbozan para Córdova amoríos sin consecuencia, nacidos entre dos batallas, y surgidos en alguno de aquellos saraos espléndidos con que las familias agasajaban a los próceres.

Pero en cualesquier de estos fugaces idilios pone Córdova pasión, vehemencia, inquietud. Y él ama su inquietud; cuando no padece de aquel delicioso mal se aburre, se lamenta, se desespera.

Es exigente en cuanto al físico de las mujeres y se fija mucho en sus tocados y vestidos. Le agradaba

particularmente el peinado de las peruanas, que sabían componerse con tanta gracia y coquetería los oscuros y finos cabellos.

Para asistir a bailes y reuniones se vestía Córdova con refinada elegancia; nunca le faltaron en sus petacas calzones cortos de hebilla, medias de seda, zapatos finos y frac bien cortado.

Aunque la vida de guarnición, no maleó el corazón romántico del héroe, pretendió una vez, estando en Popayán, conquistar donjuanescamente a una señorita de la ciudad. Esto dió lugar a que el cuñado de la muchacha, que era el coronel López, llamara al órden al prócer que reconociendo hidalgamente su falta no volvió a la casa, cuya tranquilidad quiso turbar.

El más grande amor de Córdova fué también el último de su vida.

Estaba el general cerca de los treinta años, cuando conoció en Bogotá a la hija del cónsul de Inglaterra, la señorita Fanny Henderson.

Delicada, aristocrática, distinguida la inglesita cautiva por entero el corazón tan amoroso del héroe, que forma el proyecto de casarse con ella.

Puede ofrecer con orgullo a su amada un nombre prestigioso y una carrera brillantísima. Además es bien educado, de familia honorable y Bolívar lo estima muchísimo; de allí que la familia lo reciba con agrado y que se estreche tanto la intimidad entre Córdova y

el padre de su prometida, que el cónsul británico será mirado como sospechoso por el gobierno colombiano, a raíz de la revolución del general. Emprende Córdova la campaña contra López y Obando, el pensamiento lleno de su prometida.

¡Cómo se atormenta, que de zozobras! Tan inquieto es su cariño que se cree olvidado de su hermosa Fanny.

Y como vive en una época en que los sentimientos se expresan con cierta grandilocuencia y desbocado lirismo, llama a su novia; "el tormento de mi existencia", dice que "ama mucho, mucho a una deidad" y encarga a O Leary, que ha ido a Bogotá visite a Fanny y "le diga que se muere".

Más no quiso el destino que Córdova realizara su ilusión amorosa. Y el héroe morirá cuando una esperanza de amor hacía latir más fuertemente su corazón, e iluminaba su vida como una aurora de maravilla.

XIV.

LA REBELION.

"Veo que la tierra de los héroes y de la gloria va a convertirse en la de los crímenes y de la desolación", escribía Sucre a Santander en 1827, comentando la grave situación política de Colombia.

Proféticas palabras que no tardaron en cumplirse; la tormenta se desencadenaba, poco a poco, sobre "la tierra de los héroes y de la gloria"; el gran mariscal de Ayacucho, por desgracia, había visto claro y hondo.

Provocó la tormenta el mismo hombre que diera libertad a Colombia; desacertadamente Bolívar había tomado una serie de medidas y dictado varias leyes, que tenían que exasperar a un pueblo tan altivo como era el colombiano.

Y principian los pronunciamientos, las conspiraciones, las guerras civiles; en todo el país se nota un malestar vivísimo, una tremenda agitación.

La convención de Ocaña se abre el 9 de Abril de 1827. La política bolivariana es sostenida apenas por

unos veinte diputados, que para hacer fracasar la asamblea se retiran, dejándola sin quorum.

El intendente Herrán — en Bogotá — convoca, entonces, a los notables y le es ofrecida la dictadura a Bolívar. ¡El Libertador se convierte en dictador; es el ocaso del super hombre y del Héroe!

Y Bolívar sigue tan desacertado y muéstrase tan poco liberal, que sus adversarios llegan hasta el extremo de querer asesinarlo.

En la noche del 25 de Setiembre de 1828, Bolívar que dormía en el Palacio de San Carlos, fué despertado por un ruído extraño, *como de lucha con los centinelas,* sin armas de fuego.

Manuela Sáenz obliga al Libertador a saltar por la ventana; mientras Bolívar huye, ella sale al encuentro de los conjurados, les habla, soporta sus insultos y vejámenes. Así da tiempo a que su amigo se ponga a salvo y que fracase la conspiración.

Entumecido de frío, agitado por la zozobra y la angustia, Bolívar pasó toda la noche, oculto bajo el Puente del Carmen. Al día siguiente puede salir de su refugio; es tan efusiva la manifestación de afecto y de alegría que le hace el pueblo, que exclama conmovido:

— ¿Queréis matarme de gozo después de verme próximo a morir de dolor?

Después de la noche de Setiembre Bolívar extre-

mará aún más su política dictatorial. Al atentado siguió el castigo que un historiador, de los más serenos e imparciales, califica de *terrible.*

Suprimidas las cátedras de legislación universal, de derecho político y derecho administrativo, prohibida la enseñanza en los colegios e institutos de las obras de Bentham; parece que, de nuevo, volviera Colombia a los tiempos oscuros y turbios de la dominación española.

La rebelión de Córdova contra Bolívar tenía que suceder. Era una consecuencia lógica de la pasión del prócer antioqueño por la libertad y por las ideas republicanas; era el resultado natural de sus principios y de su educación, en los que había de la austeridad de los romanos de la república, y de la romántica exaltación de los patriotas de la revolución francesa.

Los historiadores que al comentar la insurrección del héroe de Ayacucho, le atribuyen móviles de venganza personal y de envidia desconocen por completo el carácter de Córdova y el ideal que lo animaba.

A uno de esos historiadores poco favorables al prócer antioqueño — historiador de renombre, fanático por Bolívar en quien no admite culpa, ni reproche — se le escapa una frase, que seguramente creyó él,

condenatoria, pero que es el más bello elogio que puede hacerse de la rebelión de Córdova.

Dice ese historiógrafo; *que el general José María Córdova, proclamaba principios exagerados de libertad..*

Proclamar principios exagerados de libertad; que noble apostolado, que hermosísima propaganda, que amplia y santa misión!

Exhortar a los pueblos a ser libres, completamente libres, exageradamente libres; a no permitir yugos ni imposiciones; a no admitir censores en las conciencias, en los espíritus y en los hogares; ni tiranos por más bondadosos y suaves que se muestren; ¿no es acción grandiosa, no es gesto de heróica arrogancia y de viril belleza?

Vibrante de indignación, lleno de sinceridad, movido por el más puro desinterés se enfrentó Córdova a Bolívar.

Para llegar a tal extremidad su espíritu ha tenido que someterse a todo un proceso de ideas y sus sentimientos personales sufrir una serie de evoluciones.

Desde sus primeros años Córdova había sentido la más ferviente admiración por Bolívar.

Ya esa admiración pecaba de idólatra. Y su fanatismo por el Libertador lo empuja a algunos errores y desaciertos. Fué uno de los que contribuyó a establecer en Colombia la dictadura de Bolívar, dictadura que, en seguida, combatirá fogosamente. Como ministro de

guerra sirve al régimen dictatorial y castiga a los conspiradores del 25 de Setiembre. Firma la sentencia que condena al destierro al general Santander, uno de sus buenos amigos, que se ha encontrado envuelto en la conspiración de Setiembre. Juzga Córdova que la prosperidad de Colombia depende del Libertador, hombre único, en quien pueden concentrarse todas las facultades y todos los poderes. Para afirmar más el gobierno de Bolívar saldrá a combatir a los coroneles Lopez y Obando, que en el sur del Cauca se habían pronunciado contra la dictadura; Córdova domina prontamente ese movimiento revolucionario, devolviendo así la tranquilidad interna a la república.

Bolívar, a su vez, quiere entrañablemente al joven caudillo — "le quiso como a la niña de sus ojos", contaba Giraldo, compañero y edecán de Córdova — admira su inmaculada honradez, sus fuertes cualidades de hombre y de guerrero y le dá grandes pruebas de su cariño y de su confianza.

Más, poco a poco, comienzan a variar los sentimientos de Córdova por su ídolo.

Se vá dando cuenta de que en el hombre extraordinario, que libertara a varios pueblos, surgen planes de tiranía y despotismo disfrazados con una suave apariencia de bondad. Declina el genio bolivariano y declinan sus virtudes de legislador.

Bolívar no halla más remedio para salvar a Colom-

bia de los peligros que la amenazan, que la destrucción de las libertades conquistadas con la sangre de los héroes, y las preciosas existencias de los jóvenes neogranadinos.

Ya no brinda Córdova a Bolívar su admiración ciega, su adhesión incondicional y su respeto apasionado; han chocado las ideas de ambos hombres y contra el super-hombre se alzará audazmente el joven guerrero, enamorado de la libertad.

No fué — como lo aseguran algunos biógrafos — el nombramiento de ministro de marina otorgado por el Libertador lo que precipitó a Córdova a la temeraria aventura de una revolución.

El verídico testimonio de Giraldo nos informa debidamente sobre el particular y nos permite afirmar, que el prócer venía meditando ya el plan de su insurrección, cuando recibió aquella sarcástica designación para un puesto que un guerrero no podía desempeñar. Hería profundamente a Córdova en su honor de soldado ese nombramiento, pero no fué motivo de su rebelión.

Contradictorios pensamientos agitaban su espíritu hacía algún tiempo.

Le atormentaba el deseo de hacer algo por aquella libertad querida que veía amenazada, pero retrocedía ante los males que podía traer a su patria una nueva guerra civil.

No toma en cuenta el haber sido elegido diputado por Antioquia para el Congreso de 1830; cree que debe proceder antes y valerse de su "muy noble y muy leal" espada para restablecer en Colombia las libertades perdidas.

Esperar el Congreso; acaso será tarde! Y en su impaciencia por defender aquellos ideales republicanos que vé amenazados por la dictadura bolivariana, parte a su tierra, donde proclamará "principios exagerados de libertad".

Será su última y más sublime locura; será la postrera aventura de su inquieta y pintoresca existencia.

XV.

LA ULTIMA AVENTURA.

Jeune homme, oú donc vas - tu?
qui te pousse et t'appelle?

ALFRED DE MUSSET.

Era el 7 de Setiembre de 1829. Los vecinos de Rionegro se encontraban los unos en la iglesia, donde se celebraban solemnemente las vísperas de la festividad del Nacimiento de Nuestra Señora, los otros en la plaza mayor esperando que se quemaran los fuegos artificiales y el castillo de luces.

La señora Pascuala Muñoz de Córdova había ido al templo. Mientras el coro entonaba unciosos y tiernos cánticos en honor de la Vírgen María, la anciana rogaba a Dios por los suyos. Algo así como un presentimiento adolorido le estrujaba el corazón.

Más que en ninguno de sus hijos pensaba en su

José María tan cariñoso, tan bueno y expuesto — por sus mismos prestigios — a tantos peligros.

Y con ese pensamiento y ese recuerdo volvióse la señora Pascuala Muñoz a su casa, situada en la acera norte de la plaza.

Ya los fuegos artificiales se elevaban velozmente en el constelado firmamento nocturno para deshacerse con ruidosa algarabía. Se entretuvo doña Pascuala en mirar los caprichosos signos y vistosas evoluciones, que dibujaban los fuegos y siguió a su casa.

Acababa de entrar a sus habitaciones, cuando oyó que preguntaban:

— ¿Dónde está mi madre?

¡José María! Es su José María que ha llegado cuando nadie lo esperaba, sin aviso previo; la madre del héroe en vez de alegrarse con la llegada del hijo queridísimo siente una inquietud, una tristeza, que no sabría como explicar.

La vence la emoción y tiene que sentarse en una de las cómodas butacas que amueblan la sala.

José María la abraza, la besa, y con voz tiernísima la saluda; ella lo contempla embelesada, olvidando sus angustias y presentimientos.

¡Qué guapo está su hijo! Es todo un hombre — al día siguiente cumplirá sus treinta años; — viste con pulcra elegancia; chaqueta de paño azul con anchos galones de plata, pantalón de corte impecable, botas de caballería de charol y blando y finísimo jipijapa.

¡Qué guapo, que noble y que rendido a ella! Pero de nuevo el presentimiento estruja su corazón de madre; ha visto en la mirada de José María un tormento y una sombra.

Los hermanos y relacionados del prócer han ido entrando al salón. Todos lo rodean afectuosamente y se cruzan las preguntas:

— ¿Porqué no avisaste que venías? ¿Te trae algún asunto de importancia?

Y a la familia siguen los amigos, entre ellos el señor Sinforoso García, que sabiendo el regreso del general, viene a invitarlo a un baile, que se celebra esa misma noche en su casa.

Córdova acepta gozosamente la invitación. Se retira a su cuarto a bañarse y a componerse esmeradamente; su ordenanza, Juan José Niño, escobilla con cuidado el uniforme azul y plata del general y le presenta otro calzado aparente para la danza.

En compañía de las dos damas más hermosas de la ciudad — su prima María Antonia Carvajal y su hermana doña Mercedes Córdova — se dirige el héroe a la casa del señor García.

Como si en su ánimo no existiera preocupación alguna, Córdova se entrega al placer del baile.

En el extenso salón que iluminan arañas de cristal y decoran antiguos muebles de la colonia y viejos retratos de abuelos, el general luce su habilidad en las elegantes y complicadas figuras de la contradanza.

La noche se deslizó regocijada, brillante, animadísima; nadie hubiera podido advertir en el galante y alegre bailarín, que en esos momentos era Córdova, al audaz revolucionario, al rebelde atrevidísimo.

Pero al día siguiente del sarao, ante una asamblea de personas notables del lugar — entre las que se hallaba su cuñado don Manuel Antonio Jaramillo, gobernador de la provincia, que había venido a pasar las fiestar a Rionegro — Córdova explica las razones que lo han traído a Antioquia.

Quiere oponerse — dice — a la dictadura de Bolívar y restablecer en Colombia la antigua y olvidada constitución de Cúcuta.

Asombrándose ante su audacia, asustados por su temeridad e imprudencia, los oyentes del prócer — que lo aventajan en cordura y serenidad — apaciguan su exaltación y logran que el impetuoso joven consienta siquiera en esperar la marcha de los acontecimientos.

Mas este consentimiento en el caudillo no es sino aparente y pasajero.

De nuevo asiste, por la noche, a un sarao con que el doctor Jorge Gutierrez de Lara y la señorita Saenz celebran sus bodas.

Córdova participa de la fiesta con su gran entusiasmo juvenil. Dirige con maestría los pasos y figuras del baile. Atiende galantemente a las mujeres vestidas a la delicada y lánguida manera de la época — grandes pendientes en las orejas, medallones de esmal-

te, bucles caídos, fichú cruzado sobre los hombros, vaporosas y anchas faldas — y no hay esa noche nadie más alegre que él.

Cerca de la madrugada en vez de madrigales y galanterías a las damas, brinda exaltadamente por la libertad, por la insurrección y por el triunfo de las ideas republicanas.

Este brindis de Córdova fué lo que precipitó los acontecimientos. Un individuo desleal, don Juan Uribe Mondragón, corrió a notificar al coronel Urdaneta — jefe militar de la provincia — de los planes del general.

Inmediatamente Urdaneta dispone la prisión de Córdova, enviando hacia Rionegro al capitán Herrera con veinticinco hombres.

Pero algunos amigos del general, le dan aviso por medio de don Francisco Carrasquilla y, en seguida, Córdova se prepara a la resistencia.

Cuando llegan los soldados a prenderlo, un redoble de tambor, que resuena en las calles de la ciudad, les anuncia que el general ha puesto Rionegro en estado de guerra. Y, atemorizados, se vuelven inmediatamente a Medellín, mientras Córdova y sus pequeñas huestes se organizaban para salir a campaña.

No había tiempo que perder para los revolucionarios; en casa del general sus hermanas: Mercedes, y Venancia, su cuñada Ana M. Jaramillo y su prima

María Antonia Carvajal, fabrican apresuradamente cartuchos bajo la dirección del caudillo.

Los plateros Joaquín Celis, este de buen grado, y Pío Garcés, que ha cedido por temor a Córdova, fabrican también balas para la campaña revolucionaria.

En la mañana del día 12 de Setiembre salían de Rionegro Córdova y sesenta hombres mal armados, pero alentados por la esperanza de la victoria.

En Medellín tanto Urdaneta, como los moradores de la ciudad, sintieron el escalofrío del miedo al saber que Córdova se venía hacia ellos.

Los notables del lugar aconsejaron al jefe militar enviase un parlamentario con propuestas de paz, al temible caudillo, cuyos escasos soldados se encontraban cerca de la villa. Engañados por una hábil maniobra de Córdova los habitantes de Medellín — que atisbaban con sus anteojos de larga vista el camino — vieron no unos cuantos hombres, sino una importante tropa, aumentando por supuesto sus temores.

A los portadores de la bandera blanca — que eran don José María y don Antonio Uribe Restrepo — responde el general:

— Vuelvan ustedes a Urdaneta y díganle que si no me entrega la plaza, esta misma tarde lo fusilo.

Y Urdaneta entregó la ciudad; tal era el respeto y el temor que le infundía el héroe de Ayacucho.

Una vez posesionado de Medellín, principió Cór-

dova a organizar debidamente su ejército. Necesitaba hombres para combatir la dictadura y restablecer en Antioquia primero y, después en toda Colombia, la Constitución de Cúcuta.

Su plan es vasto y para realizarlo le es necesaria la adhesión de los pueblos, a los que exige contingente de reclutas. Llega su tropa a trescientos cincuenta hombres, antes de quince días.

Toma otras medidas de órden administrativo como es suspender el estanco de aguardientes y aumentar el precio del tabaco.

En la arriesgadísima empresa a que se ha lanzado, se vé obligado a asumir todos los poderes y a proceder con feroz energía contra los que se le oponen.

La hora es para Córdova de una gravedad suprema; su vida, su honor, la tranquilidad de los suyos, las existencias de los que lo acompañan en su empresa, exigen olvide toda clemencia y misericordia.

Dos oficiales, el capitán Herrera y el teniente Vélez, conspiran contra el caudillo; ayudados por los hombres de sus compañías piensan apoderarse de Córdova y ponerse al frente de las tropas.

Estos conspiradores habían pertenecido a la fuerza de Urdaneta; el general, confiadamente, creyó en sus protestas de adhesión a la causa revolucionaria y los dejó a la cabeza de sus compañías.

Comenzaba Córdova a almorzar en compañía de

su estado mayor, cuando vinieron a darle aviso de la insurrección de Herrera y Vélez.

Sin sombrero, llevando por toda arma un cuchillo de mesa, el general corrió hacia el cuartel.

Encuentra todo listo para el motín; los hombres formados en los corredores del cuartel, bajo el mando de sus capitanes.

Solo, desarmado, la cabeza descubierta, Córdova domina con su mirada fulgurante e imponente a los amotinados, que ante el fiero caudillo retroceden, temerosos.

A poco llegaron el coronel Salvador Córdova, montado en una bestia, en pelo, y el estado mayor.

Pero ya estaba dominada la insurrección y presos Herrera y Vélez, que fueron fusilados al día siguiente, frente a la casa de un respetable vecino, el señor don Alejo Santamaría.

Dicen que el capitán Herrera adoptó una valerosa actitud ante la muerte.

Sentado ya en el banquillo y con los ojos vendados, quiso mirar a aquellos que debían fusilarlo. Y viendo en la escolta a un soldado inexperto ordenó:

— Cambien aquel soldado que es un recluta y no sabe disparar un fusil.

XVI.

"ÑO ES IMPOSIBLE MORIR"....

Para dominar prontamente el levantamiento de Córdova, que podía ser el principio de una revolución en toda Colombia, el consejo de Ministros envió contra el rebelde caudillo y sus escasas fuerzas una columna de novecientos hombres bien armados, bajo el mando del general O Leary.

Había publicado Córdova, el 16 de Setiembre, un pujante manifiesto, en el que exponía a los colombianos los motivos de su pronunciamiento. Pocos días después — el 21 — dirigió una extensa carta a Bolívar; documento respetuoso, sincero, claro que tendía al mismo fin que el manifiesto a los colombianos. Peligrosa epístola esta para el Libertador, pues le indicaba muchos puntos débiles y errores de su gobierno: "todos hemos jurado sostener la libertad de la república, bajo un gobierno popular, representativo, alternativo y electivo cuyos magistrados deben ser todos responsables; y sin renunciar al honor, no podríamos

prestar nuestra adquiescencia a la continuación de un gobierno absoluto, ni al establecimiento de una monarquía, sea cual fuere el nombre de su monarca"... decía el general antioqueño en su carta a Bolívar, que más que rigor quiere usar de clemencia con su antiguo amigo.

"Si todavía es tiempo de emplear a este sujeto, (Córdova), en Holanda, usted puede hacerlo, pero *volando,* sin perder un momento. No se pare usted por firmas, ni por formas".... escribía el Libertador a don Estanislao Vergara, el día 28 de Setiembre.

Por eso llevaba O Leary instrucciones para ofrecer la paz al caudillo, siempre que éste declarase su adhesión al gobierno establecido.

La expedición de O Leary salió hacia Antioquia, a fines de setiembre. Tenía que atravesar rudos caminos, pero los habitantes de aquellas regiones — pacíficos montañeses que más que revueltas a favor de la libertad deseaban trabajar tranquilamente — auxiliaron notablemente a la *Columna de Occidente.*

Deseando ante todo la cesación de hostilidades O Leary escogió al coronel José Manuel Montoya, como emisario cerca de Córdova.

Montoya, comprovinciano del héroe, había hecho bajo sus órdenes la campaña del Cauca y del Magdalena; el recuerdo de aquellos días de pruebas y de victoria era entre ellos fuerte y estrecho lazo.

El emisario de O Leary encontró a su antiguo jefe y compañero, en el pueblo del Peñol, a las doce del día 14 de Octubre.

La entrevista de Córdova y Montoya es — con la batalla de Ayacucho — el pasaje más heróico, el episodio más grandioso, la nota más resplandeciente de la existencia del prócer neo-granadino.

Allí, en el pueblecito humilde del Peñol, la personalidad de Córdova se acusa con caracteres sencillos y augustos, solemnes, profundos y trágicos como la muerte misma.

Allí alcanza la suprema belleza y la suprema armonía y su vida culmina radiante, excelsa, gloriosa en unas palabras de serenidad y de renunciación.

El parlamentario de O Leary insta al general a que renuncie a sus locos proyectos, a su imprudente empresa; le brinda toda clase de garantías en caso de que abandone las armas.

Sin alterarse rehusa Córdova todas las proposiciones de paz; si él se ha lanzado a la revuelta es porque así se lo han exigido sus convicciones y principios.

Montoya — cuyo deseo era evitar la guerra civil — usa de un último argumento, que cree decisivo:

— General, es imposible vencer en esta ocasión.

—Pero no es imposible morir, responde con sencillez sublime Córdova.

¿Qué es la muerte para este hombre que no sabe del miedo, que ha dominado todos los peligros de la guerra, que ha conducido sus huestes "a paso de vencedores" y se ha encarado, sonriente, a la diosa sombría, terror de la humanidad?

Vá a morir por una idea, por un ensueño, por una causa ¡qué hermosa manera de entregar la vida! Con qué orgullo caerá y, aún cuando sabe que su madre se quedará desesperada y su prometida llorando, como lo atrae aquella muerte, quizás más bella que la vida!

Y con sus pobres reclutas muchachos sin instrucción militar, pero llenos de fé en su jefe, sale Córdova a encontrar a los veteranos de O Leary; a vencer o a morir.

Antes de marchar a la victoria o a la muerte quiso el héroe despedirse de los suyos. Volvió a Rionegro, a recibir la bendición de su madre y el abrazo de sus hermanas y amigos.

Y, como había sido educado cristianamente, visitó esa misma tarde al obispo fray Mariano Garnica, que le dijo palabras de perdón y de consuelo, en nombre de Cristo.

Así llevando en el alma, como un viático, el adiós de su madre y la bendición del obispo emprendió Córdova su última jornada.

Por informes recibidos sabía que las fuerzas del gobierno debían situarse en la pequeña altiplanicie del Santuario.

Del Peñol — donde se hallaban los rebeldes — al Santuario había un buen trecho de camino. Los soldados de Córdova emprenden la marcha, de noche, guiados por el joven Anselmo Pineda, fervoroso admirador de Córdova, y que es uno de los pocos habitantes de esas regiones, que han ayudado a los insurrectos.

Llovía torrencialmente y una densa oscuridad dejaba apenas ver la abrupta senda, llena de peligros, que conducía al Santuario.

La gruesa lluvia empapa los vestidos de los reclutas, que casi muertos de frío y de cansancio llegan al siguiente día, 17 de Octubre, muy de mañana, al lugar del combate. Han caminado toda la noche y por todo alimento no tienen sino un poco de carne.

Pasan tres horas y recién se aproxima el enemigo; el general entonces dispone con rapidez a sus hombres en tres grupos. Uno a la derecha mandado por el comandante Benedicto González, el de la izquierda bajo las órdenes del coronel Salvador Córdova y del capitán Anselmo Pineda y el del centro encabezado por el mismo general.

"Antes de entrar en la lid — relata el señor J. M. Arango, uno de los combatientes del Santuario — descollaron tres militares en la altura, quienes después

de unos instantes de curiosa observación descendieron un poco, en tanto que al toque de las cornetas se iba cubriendo la altura de guerrillas, con el mayor órden.

Encontrándose O Leary, con sus dos edecanes, a distancia de poder hacer oir su voz, se oyeron en la mayor parte del campamento estas palabras:

— Córdova, entrégate: no sacrifiques a esos pobres reclutas.

"El general con voz sonora y fuerte y que sellaba su irrevocable resolución contestó:

— Córdova no se entrega a un vil extranjero, mercenario y asalariado: primero sucumbe "O Leary tornó a su puesto".

Un torbellino de fuego y de humo se eleva y una granizada de plomo cae de lo alto sobre los rebeldes, que pretenden ascender la colina.

Unos muertos, otros heridos; más que un combate es una carnicería.

Córdova tan intrépido como en Bocayá, Pichincha y Ayacucho lucha, se defiende, ataca; ve morir a sus hombres, pasan las balas junto a él, pero no cede.

Su heroísmo vá tomando tan grandes proporciones, que con una bala en el pecho sigue peleando. Cree que su intrepidez conquistará la victoria, aquella victoria que como el mejor presente pondrá a los pies de su amada, aquella victoria que devolverá la tranquilidad al corazón angustiado de su madre.

Su fiel ordenanza queriendo salvarlo de la muerte, le trae el caballo y le suplica:

— Monte, usía y sálvese; vamos a quedar encerrados.

— Sálvense Uds. cobardes, exclama furioso el caudillo, al ver que huían los suyos.

Y él se queda, porque le ha sido imposible vencer y tiene que morir.

De su herida fluye abundante la sangre, mojando su uniforme azul semejante al que llevara en Ayacucho.

Muy cerca del campo de batalla hay una modesta casa de teja, habilitada como hospital; fuerza le es a Córdova refugiarse en ella porque ya no puede estar de pie.

Iluminaba al héroe, ya no los fulgores del triunfo, sino la claridad suave y misteriosa del dolor. No era Córdova, en la casucha del Santuario, el guerrero espléndido, cuya sola presencia hacía huir al enemigo en el campo de batalla, ni el gallardo y altivo jóven aclamado por las multitudes y los pueblos; exánime, los ojos sin brillo, el rubio cabello empapado en sangre, la cara también ensangrentada, el traje sucio y la mano mutilada yacía en el suelo desigual y terroso.

Adornaba al héroe la patética y sagrada hermosura del sufrimiento; hermosura que fuera complemento de las existencias ilustres y de las vidas maravillosas.

Había entrado Córdova a la casita-hospital y encontrando una rústica cama se arrojó allí, desfalleciente.

A poco se presentó el oficial irlandés, Ruperto Hand, a la puerta de la casucha, preguntando:

— ¿Dónde está Córdova?

— ¿Qué me quieres? respondió irguiéndose el prócer, que todavía conservaba un resto de energía y de vigor.

Alza entonces el villano irlandés su sable y abre la cabeza del herido, que trata de protegerse con la mano.

Otro sablazo de Hand y vuelan tres dedos; un tercer golpe obliga a morder el polvo al ilustre prócer, al "valiente entre los valientes", al vencedor de Boyacá, de Pichincha y de Ayacucho.

Puede vanagloriarse el menguado de haber victimado al más grande de los guerreros de Colombia; Córdova está tendido en el suelo, moribundo.....

¿Quién dió a Hand la órden de acabar con el héroe de Ayacucho?

Las declaraciones de los coroneles Castelli y Murray y del general Urdaneta constituyen formidable acusación contra O Leary, y le echan encima la tremenda responsabilidad de haber dado esa órden bárbara, sanguinaria y cruelísima.

Pero el señor Ricardo Portocarrero O Leary, descendiente del edecan de Bolívar, defiende ardientemente la memoria de su abuelo y logra con poderosos argumentos debilitar la acusación de aquellos testigos, cuyas declaraciones no están exentas — como lo hace notar el señor Portocarrero O Leary — de contradicciones.

Difícil es que un militar distinguido y culto, de carácter suave y moderado como era O Leary, amigo y compañero de Córdova haya procedido tan inhumana y torpemente.

Más, hay que considerar que pudo haberse apoderado de él "ese miedo de los caudillos", que a los más osados generales, a los capitanes más valerosos empujó, en veces, a crueldades inútiles, a matanzas sin razón.

Miedo que vuelve crueles a los más misericordiosos, torpes a los más inteligentes y traidores a los más leales, quizás si lo sintió O Leary, en el combate del Santuario!

No ha dicho aún la historia oficial la última palabra sobre este trágico punto; e historiadores de los más autorizados, como Cevallos y Restrepo, no admi-

ten que O Leary haya mandado victimar al héroe antioqueño.

Pero en cartas, documentos y relatos de personajes de la época se vislumbra la sombría y dolorosa verdad y, a nosotros, que escribimos al márgen de la "historia oficial", nos asiste la certidumbre de que Hand no mintió cuando dijo: "I have the order"...

La vida parecía no querer abandonar el cuerpo juvenil y arrogante de Córdova; después de unos momentos de silencio comenzó el herido a delirar:

— ¡Ah cobardes! ¡Ah cobardes!...

Después fué enmudeciendo y todos lo creían muerto, pero su corazón latía todavía casi imperceptiblemente. Los vencedores — que andaban buscando botín — no hicieron caso de unos campesinos, que se acercaron a la casucha y volvieron a salir, llevándose el cuerpo del héroe.

Sobre dos leños ligados con bejucos iba el agonizante; al llegar a un lugar situado entre Marinilla y el Santuario, llamado *Pantanillo*, se oyó un hondo suspiro. Había muerto Córdova. Su postrer suspiro lo recogió la brisa de la tarde, lo escucharon los grandes árboles majestuosos y el dulce cielo antioqueño recibió su última mirada.

No pudieron o no supieron los campesinos completar su piadosa obra y conducir los restos del héroe a casa de los suyos, a Rionegro.

Amaneció el cadáver del prócer tirado en el zaguán de una casa de Marinilla; como si quisiera el destino hacer más triste su infortunio.

Y esta disposición tan rigurosa de los dioses, hace que a la admiración de las generaciones por Córdova se mezcle el más tierno de los sentimientos humanos; la piedad. Las glorias del prócer nos deslumbran y sus desventuras nos conmueven; a la vez lo admiramos y lo compadecemos.

Del zaguán fué conducido el cuerpo del héroe al panteón, en campo descubierto.

Y su primera sepultura fué el amplio seno de la tierra libre, libre como su alma, como su espíritu, como su corazón donde anidaron viriles pensamientos y nobles anhelos, inquietudes intensas, ensueños vastos y la divina ansia de la inmortalidad.

INSCRIPCION EN LA TUMBA DE CORDOVA.

Aquí reposa el que fué José María Córdova, jóven guerrero colombiano, que amó la libertad sobre todas las cosas;

Héroe en Boyacá, Pichincha y Ayacucho contribuyó a formar la gran patria americana;

Persiguió un ensueño más alto que la vida y por defender ese ensueño murió gloriosamente, a los treinta años;

Su breve existencia fué una hermosa aventura iluminada por la gloria y el amor, un poema a la vez lírico y épico, que termina en doliente elegía;

Perdura su recuerdo en aquellos que sienten el culto de una América libre y fuerte;

Y sobre la tumba del héroe deshojan frescas rosas fragantes los ensoñadores, los torturados por una inquietud y los enamorados de alguna bella y loca quimera.



APENDICE

NOTAS.

Nos ha servido inmensamente para escribir este libro la notable obra de Eduardo Posada, titulada "Biografía de Córdova".

Contiene ese volúmen muchos y muy preciosos documentos, que habían permanecido hasta entonces inéditos y la correspondencia casi completa del prócer antioqueño.

Tanto las cartas de Córdova, como las crónicas de la época, boletines, partes militares, diarios de campañas, narraciones de testigos presenciales, actas y comunicaciones nos han dado sólidos puntos de apoyo para delinear con precisión la semblanza del héroe.

Nuestra fuente principal de información ha sido, por consiguiente, un relato palpitante de vida, sembrado de detalles sabrosos y minucias interesantes.

Con tan buena base nuestro trabajo ha podido ejecutarse, respetando la verdad histórica y tomando todo lo que pueda darle aspecto íntimo, familiar, ameno.

Porque este ensayo más que docto y sesudo estudio académico quisiera ser comentario cordial, sincero y humano.

El hogar y la formación. — Si en los antepasados de José María Córdova figurara — como lo han aventurado algunos biógrafos del prócer — Gonzalo de Córdova, el legendario "gran capitán", se habría cumplido una vez más la ley toda poderosa del atavismo.

La campaña del Cauca y del Magdalena. — Montoya, distinguido militar antioqueño, luchará nueve años después contra Córdova, en el Santuario. Y entre él y el héroe se cruzará aquel diálogo maravilloso de *es imposible vencer; pero no es imposible morir.*

Santander recordaba con frecuencia a Córdova la campaña de los llanos a Bogotá, con el fin de encender aún más los entusiasmos del prócer antioqueño.

Pichincha. — Alguna vez Bolívar criticó el "Canto a Junín" de Olmedo, el noble patriota e inspirado poeta.

La muerte del sargento Valdés. — Cuenta Eduardo Posada la siguiente sugestiva anécdota, que no está demás recordar, al ocuparse de la muerte del sargento Valdés:

"Un día el general Córdova se arreglaba ante el espejo el lazo de su corbatín y, en un arranque de vanidad, al verse joven, victorioso y grande exclamó:

— ¿Qué me falta? Estoy sano, soy fuerte, es arro-

gante mi figura, la gloria me ha coronado desde la adolescencia, tengo títulos y poderío que alcanzaron muy pocos.

¿Qué me falta?

— Juicio, mi general, murmuró el sirviente que se hallaba a su lado.

Ayacucho. — El maestro don Ricardo Palma forjó una preciosa tradición titulada "Pan, Queso, y Raspadura" relacionada con el combate de Ayacucho. En aquella donosa narración hay un error que nos permitimos enmendar.

Dice el tradicionista que Bolívar obsequió a Córdova con la corona cívica que le ofreciera el Cuzco. No fué Bolívar quien dió al general antioqueño el laurel de oro sino Sucre, quien a su vez lo recibiera del Libertador.

La rebelión. — El Libertador emitió la siguiente opinión sobre la "Historia de la Revolución de la República de Colombia" de Restrepo:

"Restrepo es rico en pormenores históricos, posee una abundante colección de detalles, y no hace gracia de ninguno de ellos; los sucesos principales los refiere todos con exactitud cronológica, pero hay algunos errores de concepto y aún de hecho en varios de sus relatos, particularmente, cuando habla de operaciones militares o hace descripciones de batallas y campañas. Su estilo, sin ser propiamente el que conviene a la His-

toria, es animado y sostenido a veces, otras cae en lo difuso y fastidioso; pero su obra en conjunto constituye los anales históricos y cronológicos de Colombia. Otro defecto de Restrepo es la parcialidad que se transparenta en varios pasajes. Respecto de mí, se ve a las claras, la intención de complacerme y el temor que abriga de criticar francamente algunos de mis actos..... Sea lo que fuere, no nos hallamos en los tiempos en que la historia de las naciones era escrita por historiógrafos privilegiados a los cuales se les daba entera fé sin exámen.... . . . .

Son los pueblos los que deben escribir sus anales y juzgar a sus grandes hombres. Venga, pues, sobre mí el juicio del pueblo colombiano; es el que yo quiero, el que apreciaré, el que hará mi gloria".

"No es imposible morir".... — El señor J. M. Arango, que peleó en el Santuario, cerca de Córdova relata que el héroe no muerto, pero si con todas las apariencias de la muerte, fué sacado por unos campesinos de la cabaña del Santuario. Engañado con estas apariencias escribió O Leary en el sobre de su parte de la batalla: "Derrota y muerte de Córdova".

En 1831 fué condenado a muerte el irlandés Ruperto Hand por la justicia colombiana, que no podía dejar impune al asesino de Cordova. Más Hand huyó de la cárcel de Cartagena, donde se encontraba preso y

se refugió en Venezuela, que le ofreció asilo y amparo a pesar de las reclamaciones de Colombia.

Los restos del héroe fueron exhumados en el año de 1833, ante su hermano Salvador Córdova y su cuñado don Manuel Antonio Jaramillo, don Francisco Bernal, el comandante don José M. Botero, el señor J. M. Arango y los pajes del señor Botero. Reconocidos los restos fueron llevados a la ciudad de Rionegro y colocados en la capilla del cementerio.

En 1870 el congreso de la nación dispuso que se erigiera un mausoleo donde reposaran las cenizas del prócer.

La señora Pascuala Muñoz de Córdova, que tuvo el dolor de sobrevivir a sus hijos varones, quedó en la mayor miseria; la provincia de Antioquia dirigió en 1848, una solicitud al congreso, pidiendo una pensión vitalicia para la madre del héroe de Ayacucho.

BIBLIOGRAFIA

Biografía de Córdova, adicionada con numerosos documentos, por Eduardo Posada.

Historia de la Revolución de la República de Colombia, por J. M. Restrepo.

El General José María Córdova por Manuel J. Vega.

Diccionario biográfico, por M. Leonidas Scarpetta y Saturnino Vergara.

Biografía de hombres notables de América, por Azpurúa.

Recuerdos históricos, por López.

Vida de A. J. de Sucre, por L. Villanueva.

La federación en Colombia, por José de la Vega.

El ideal político del Libertador Simón Bolívar, por J. D. Monsalve.

Historia del Perú Independiente, por M. F. Paz Soldán.

Historia del Ecuador, por P. F. Cevallos.

Nueva Geografía Universal, por Eliseo Reclus.

Bolívar y la emancipación de las colonias españolas, por Mancini.

Historia general de América, por C. Navarro y Lamarca.

Compendio de la Historia de América, por J. Mesa y Leompart.

El Album de Ayacucho.

Batallas de la guerra de la Independencia Alto Peruana, por el general Miguel Ramallo.

Historia del Perú (La Independencia), por Carlos Wiesse.

La Novela de amor de un prócer, por Fabio Lozano y Lozano (Revista "Studium").

El odio de los libertadores.
El miedo de los caudillos, por Luis Alberto Sánchez (Revista "Mundial").

Sangre Conquistadora, por Roberto Botero Saldarriaga.

Biografías militares, por Baraja.

Historia de Colombia, por Henao y Arrubla.

INDICE

	Página
Prólogo	V a XI
Pórtico	1
I.—La semilla	4
II.—El hogar y la formación	9
III.—El primer combate de Córdova	16
IV.—Días sombríos para Colombia	20
V.—Liberación de Antioquia	27
VI.—La campaña del Cauca y del Magdalena	32
VII.—Pichincha	39
VIII.—La muerte del sargento Valdés	44
IX.—Ayacucho	49
X.—Después de la victoria	60
XI.—El proceso	66
XII.—Horas tranquilas	73
XIII.—La vida amorosa de Córdova	78
XIV.—La rebelión	83

	Página
XV.—La última aventura	90
XVI.—"No es imposible morir"	98
Inscripción en la tumba de Córdova	109
Apéndice	113
Bibliografía	121

CARATULA Y COLOFON

DE

JOSE SABOGAL